

ALESSANDRO BARICCO

*Tres veces
al amanecer*



Lectulandia

En una de las páginas de *Mr Gwyn*, la última novela de Alessandro Baricco, se aludía a cierta obra titulada *Tres veces al amanecer*, atribuida a un apócrifo autor angloindio, Akash Narayan. El afamado autor de *Seda* ha querido ofrecernos ahora esa obra, una secuela autónoma e independiente por completo (casi un mero pretexto, el punto de partida), un complejo mecanismo narrativo que hará las delicias del lector.

Dos desconocidos, un hombre y una mujer, se encuentran tres veces en el vestíbulo de un hotel, poco antes del amanecer. Cada encuentro es único, y primero, y último: aunque se trate de los mismos personajes, sus destinos se cruzan en tres momentos distintos de sus vidas. Son dos adultos, primero; luego, un anciano portero de noche y una adolescente; finalmente, un chico y una policía ya madura, según una lógica temporal que no es la que se manifiesta en nuestra rígida realidad, sino que sólo resulta viable en la privilegiada mecánica de la ficción. Cada encuentro exigirá de ellos una elección cuyas repercusiones conformarán el resto de sus vidas.

Estos tres relatos constituyen una novela posible que recrea el lector en su mente y que presenta algunos de los temas propios del autor: la posibilidad (o imposibilidad) del cambio, la arbitrariedad del destino humano o la responsabilidad hacia el prójimo, siempre a la luz difusa del amanecer, que sugiere y revela, descubre y perfila, colocando las cosas en su sitio en el momento de su aparición.

Lectulandia

Alessandro Baricco

Tres veces al amanecer

ePub r1.0

lezer 01.05.14

Título original: *Tre volte all'alba*
Alessandro Baricco, 2013
Traducción: Xavier González Rovira
Ilustración de portada: Maria Jou Sol

Editor digital: lezer
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Nota

En la última novela que escribí, *Mr Gwyn*, se alude, en un momento dado, a un breve libro escrito por un angloindio, Akash Narayan, titulado *Tres veces al amanecer*. Se trata naturalmente de un libro imaginario, aunque en los imaginarios sucesos allí relatados desempeña un papel en modo alguno secundario.

El hecho es que mientras escribía esas páginas me entraron ganas de escribir también ese pequeño libro, un poco para darle una leve y lejana secuela a *Mr Gwyn* y otro poco por el puro placer de ir en pos de una idea determinada que tenía en la cabeza. Así que, tras terminar *Mr Gwyn*, me puse a escribir *Tres veces al amanecer*, algo que hice con sumo gusto.

Ahora *Tres veces al amanecer* ya está en las librerías y tal vez no resulte inútil dejar claro que puede ser leído por cualquiera, incluidos los que nunca han tenido en sus manos *Mr Gwyn*, porque se trata de una historia autónoma y completa. Eso no impide, de todas formas, que en su primera parte mantenga lo que *Mr Gwyn* prometía, es decir, una mirada más respecto a la curiosa historia de Jasper Gwyn y de su peculiar talento.

ALESSANDRO BARICCO,
enero de 2012

A Catalina de Médicis y al maestro de Camden Town

Estas páginas relatan una historia verosímil que, sin embargo, nunca podría suceder en la realidad. Narran de hecho la historia de dos personajes que se encuentran tres veces, aunque cada una de ellas es la única, y la primera, y la última. Pueden hacerlo porque habitan un Tiempo anómalo que inútilmente buscaríamos en la experiencia cotidiana. Lo establecen las narraciones, de tanto en tanto, y éste es uno de sus privilegios.

Uno

Allí estaba el hotel, de una elegancia algo deslucida. Probablemente en el pasado pudo mantener ciertas promesas de lujo y distinción. Tenía, por ejemplo, una hermosa puerta giratoria de madera, un detalle que siempre predispone a las quimeras.

Fue por allí por donde entró una mujer, a esa extraña hora de la noche, pensando aparentemente en otra cosa, recién bajada de un taxi. Vestía un traje de noche amarillo, bastante escotado, y no llevaba siquiera un chal sobre los hombros: aquello le daba el aspecto misterioso de alguien a quien le ha pasado algo. Tenía de suyo elegancia en su movimiento, pero también parecía una actriz que acabara de entrar a los bastidores, liberada de la obligación de actuar y de retorno a su ser, más sincero. Tenía así una forma de caminar un sí es no es cansado, y de sujetar su minúsculo bolso casi abandonándolo. Ya no era muy joven, pero esto le sentaba bien, como sucede a veces a las mujeres que no han tenido nunca dudas sobre su belleza.

En el exterior, reinaba la oscuridad que precede al amanecer: ni de noche ni de día. El vestíbulo del hotel permanecía en su inmovilidad, elegante en los detalles, limpio, suave: cálido en sus colores, silencioso, bien colocado en el espacio, iluminado de reflejo, las paredes altas, el techo claro, libros sobre las mesas, cojines bien rellenos en los sofás, cuadros enmarcados con devoción, un piano en una esquina, unos pocos textos necesarios, el tipo de letra nunca utilizado al azar, un péndulo, un barómetro, un busto de mármol, cortinas en las ventanas, alfombras en el suelo —la sombra de un perfume.

Dado que el portero de noche, colocada la americana en el respaldo de una pobre silla, estaba durmiendo en el cuartito de al lado un sueño ligerísimo del que era un maestro, nadie habría visto a la mujer entrando en el hotel de no haber sido por un hombre sentado en una butaca, en un rincón del vestíbulo —irracional, a esa hora de la noche —que la vio y, entonces, cruzó la pierna izquierda sobre la derecha, cuando antes era la derecha la que se apoyaba sobre la izquierda —sin razón. Se vieron.

Parecía que iba a llover, pero al final no ha llovido, dijo la mujer.

Sí, no se decide, dijo el hombre.

¿Está esperando a alguien?

¿Yo? No.

Qué cansancio. ¿Le molesta que me siente un momento?

Faltaría más.

No hay nada para beber, por lo que veo.

No creo que sirvan el desayuno antes de las siete.

Quería decir alcohol.

¡Ah, eso! No lo sé. No lo creo, a estas horas.

¿Qué hora es?

Las cuatro y doce.

¿En serio?

Sí.

Esta noche no se va a acabar nunca. Me parece que empezó hace tres años. ¿Qué hace usted aquí?

Estaba a punto de marcharme. Me tengo que ir a trabajar.

¿A esta hora?

Ya ve.

¿Y cómo puede hacerlo?

No es nada, me gusta.

Le gusta.

Sí.

Increíble.

¿Usted cree?

Tiene usted aspecto de ser la primera persona interesante con la que me topo esta noche. Esta noche. En fin, es lo que hay.

No me atrevo a imaginarme a los demás.

Terribles.

¿Estaba en una fiesta?

Me parece que no me encuentro muy bien.

Voy a llamar al portero.

No, por favor.

Tal vez sería mejor que se echara usted.

Me quito los zapatos, ¿le molesta?

Ya ve usted...

Dígame algo, lo que sea. Si me distraigo, se me pasa.

No sabría qué...

Hábleme de su trabajo.

No resulta un tema muy apasionante.

Inténtelo.

Vendo balanzas.

Siga, siga.

Se pesan un montón de cosas, y es importante pesarlas con exactitud, de manera que tengo una fábrica en la que se producen balanzas, de todas las clases. Tengo once patentes, y... Voy a ir a llamar al portero.

No, se lo ruego, ese tipo me odia.

Quédese echada.

Si sigo echada voy a vomitar.

Incorpórese, entonces. Vamos, quiero decir...

¿Se gana mucho dinero vendiendo balanzas?

En mi opinión, tendría usted...

¿Se gana mucho dinero vendiendo balanzas?

No mucho.

Continúe, no piense en mí.

La verdad es que tendría que marcharme ya.

Hágame este favor, siga hablando un rato. Luego puede marcharse.

Se ganaba bastante, hasta hace unos años. Ahora no sé, debo de haberme equivocado en algún momento, pero no consigo vender nada. Pensé que se trataba de mis vendedores, de manera que me puse a viajar yo mismo, para vender, pero lo cierto es que mis productos ya no tienen salida, será que se han quedado anticuados, no lo sé, tal vez cuestan demasiado, por regla general salen muy caros, porque se trata de productos hechos a mano, usted no tiene idea de lo que representa obtener la exactitud absoluta, cuando se trata de pesar algo.

¿Pesar el qué? ¿Manzanas, personas, qué?

De todo. Desde las balanzas para orfebres a las que son para contenedores, hacemos de todo.

¿En serio?

Por eso tengo que marcharme, hoy tengo que cerrar un contrato importante, no puedo en modo alguno llegar con retraso, me juego mi capital, si este asunto no me sale bien... ¡Maldita sea!

Mierda.

La acompaño al baño.

Espere, espere.

¡Eh, no!...

Mierda.

Voy a buscar un poco de agua.

Perdóneme, de verdad, perdóneme.

Voy a buscar un poco de agua.

No, quédese aquí, por favor.

Tenga, límpiense con esto.

Qué vergüenza.

No se preocupe, tengo niños.

¿Qué tiene eso que ver?

Los niños vomitan a menudo. Por lo menos los míos.

Ah, perdone.

Por eso no me asusta. Pero ahora sería mejor que subiera a su habitación.

No puedo dejar aquí todo este fregado...

Ya llamo yo luego al portero, usted suba a la habitación. Tiene habitación, ¿verdad?

Sí.

Pues, entonces, suba. Yo me ocupo de esto.

No estoy segura de acordarme del número.

El portero se lo dirá.

NO QUIERO VER AL PORTERO, ese tipo me odia, ya se lo he dicho. ¿Usted no tiene habitación?

¿Yo?

Sí.

Acabo de dejarla.

Lléveme allí, por favor.

Le he dicho que acabo de dejarla.

Bueno, y qué, ¿la ha incendiado?, seguirá estando ahí, ¿no?

Sí, pero...

Hágame este último favor, acompañeme arriba, luego no le molestaré más.

Tendría que recuperar la llave.

¿Le parece que es algo tan imposible?

No, claro.

Entonces, hágalo, se lo ruego.

Si de veras... Quiero decir...

Es usted muy amable.

De acuerdo, está bien, venga.

Mis zapatos.

Sí, sus zapatos.

¿En qué piso está?

Segundo. Cojamos el ascensor.

Me fastidia dejar todo este fregado...

No piense en ello.

Ahora me siento algo mejor, ¿sabe?

Bien. Pero necesita descansar. Venga...

¿No ha olvidado nada?

Venga.

¿Qué clase de perfume hay en este ascensor?

Lirio salvaje y sándalo.

¿Cómo lo sabe?

Son mi hobby. Los perfumes.

¿De verdad?

Sí.

¿Vende balanzas y después de cenar juega con los perfumes?

Más o menos.

¿Los elabora?

Lo intenté. No es fácil. Estudio los de los demás.

Tendría que hacerlos.

Bien, ya hemos llegado.

Es usted un tipo raro.

Es posible. Por aquí.

Ha cogido la llave, ¿verdad?

Sí.

Perdóneme. Siempre creo que todo el mundo es un liante, como yo.

No se preocupe.

Aunque si alguien hace balanzas es difícil que se trate de un liante, ¿verdad?

Improbable, digamos.

Justo.

Entre, por favor.

¡Caramba, magnífica habitación!

Son todas iguales, si quiere que le diga la verdad.

¿Cómo puede estar tan seguro?

Vengo a este hotel desde hace dieciséis años. El baño está en aquel lado. Le dejo las llaves aquí, ya me encargo yo de explicárselo todo al portero. Ahora tengo que marcharme, en serio.

¿Se marcha?

Sí, me marchó. Usted no tiene ninguna habitación aquí, ¿verdad?

¿Cómo dice?

Ha entrado y ha dicho «Magnífica habitación», pero, en realidad, si tuviera una habitación aquí sabría que es idéntica a la suya. Todas son iguales.

¿También tiene el hobby de la novela policíaca?

No, es que yo me fijo en los detalles. Hago balanzas. Usted ha entrado en este hotel, pero no tiene, de ninguna de las maneras, una habitación en este hotel.

¿No se marchaba ya?

Sí, claro. Lo que pasa es que me gustaría estar seguro de que...

He entrado porque me gustan los vestíbulos de los hoteles, de noche. Y el de éste es bellissimo, ¿no se ha fijado? Ni mucho ni muy poco. He venido aquí otras veces, por eso me odia el portero.

¿Y si no me hubiera encontrado a mí?

Tengo que ir al baño, de verdad. ¿Tiene un cepillo de dientes y dentífrico?

Ahora ya sí que se me ha hecho tarde...

Lo sé, présteme el cepillo de dientes, ¿tanto le cuesta?

¿EL CEPILLO DE DIENTES?

Cálmese, ¿es que nadie le ha pedido nunca prestado un cepillo de dientes?

¡Nadie que acabara de vomitar!

Ah, se trata de eso.

Sí, de eso.

¿Me lo deja o no?

Luego se lo queda, el dentífrico también. Tome. No me lo deje todo muy desordenado, se lo ruego; si quiere, échese una cabezada y luego me lo deja todo bien colocado. Yo tengo que volver aquí, a este hotel. Me despido de usted.

Qué bonito, un dentífrico a las nueces.

No es a las nueces.

Está escrito: Nueces.

Ése es el nombre. El sabor está escrito en letra pequeña, al final.

Fíjate tú. ¿Y qué estaba usted haciendo ahí abajo?

¿Perdone?

¿Qué estaba haciendo ahí abajo, solo, sentado en una butaca a las cuatro de la madrugada? Si tanta prisa tenía, ¿por qué estaba ahí?

No tenía tanta prisa, *ahora* tengo prisa.

Está bien, pero de todas formas estaba ahí, ¿en qué estaba pensando? ¿Le molesta que me lave los dientes mientras me lo explica?

Me parece que no voy a contarle nada de nada.

¿Por qué?

Ni siquiera la conozco a usted.

Ah, se trata de eso.

Sí, de eso se trata.

Parece que nunca haya entrado nadie en este baño. ¿Qué pasa, utiliza usted las toallas y luego las dobla todas bien dobladitas? ¿En un hotel? Mire que hay gente a la que le pagan por hacerlo.

Yo no...

¿También se hace la cama?

Me parece que eso son cosas mías.

De acuerdo, de acuerdo. Qué bueno el dentífrico este. ¿Qué es, frambuesa?

Grosella, con un toque de anís.

Mmm... Qué bueno.

Lo hacen también sin anís, pero pierde mucho.

Imperdonable.

Yo no las he doblado, las toallas, quiero decir. Es que no las he utilizado. No he hecho nada. No conseguía dormir. Me he quedado toda la noche sentado en esa silla, con la luz tenue. Luego a las cuatro he bajado. Ahora tengo que marcharme, en serio. Ha sido un placer conocerla. Deje la habitación antes de las diez, se lo ruego. Me despido de usted.

¿Qué diablos está haciendo? ¡Eh! ¡Vuelva aquí! Se lo estoy diciendo a usted, le

parece que son maneras de comportarse con...

No grite, está despertando a todo el mundo.

¡Pues entonces vuelva usted aquí!

No montemos estos números en el pasillo, se lo ruego.

Muy bien, vamos a montarlo en el ascensor.

Va usted descalza, le sale espuma de dentífrico de la boca y abajo hay un portero al que no le haría ninguna gracia verla en este estado.

Si es por eso, sepa que tiene los zapatos llenos de vómito.

¡No!

Venga, que se los limpio yo.

¡Oh, no, no!

Deje de gritar, va a despertar a todo el mundo.

No, si al final va a ser que...

Venga, amigo, cierro yo. Quítese esos zapatos. ¡Así no!

¡Tendré que desatármelos, ¿no?!

Déjeme a mí, siéntese ahí. Total, se ha pasado toda la noche ahí, en esa silla, da igual un minuto más o un minuto menos...

Qué graciosa.

Qué asco, madre mía...

Déjelo ya, se lo ruego.

Ni hablar: yo he vomitado, yo lo limpio. Eso es, ya está.

¿Adónde se los lleva?

Un buen lavado...

¡NO, DEBAJO DEL AGUA NO!

¿Por qué? Ya verá qué bien quedan.

QUE TENGO QUE PONERME ESOS ZAPATOS, podría explicarme cómo demonios...

¿Contesta usted?

¿Cómo?

El teléfono, está sonando el teléfono.

Quién demonios...

Conteste.

Pero es que yo no estoy en esta habitación, quiero decir...

¿Tengo que contestar yo?

¡No!

Mire lo limpios que han quedado. Ahora un buen repaso con el secador...

¿Diga?... Sí, soy yo... No, me ha surgido un contratiempo, he subido un momento a la habitación... Ah, eso, sí... Me he sentido algo indispuerto... No, ya estoy mucho mejor, siento lo de la alfombra... Si tengo que pagar algo... No,

insisto... No, de verdad, no necesito nada... Ahora bajo... Sí, gracias, es usted muy amable... Gracias.

¿Quién era?

Tengo que marcharme, de inmediato.

¿Quién era?

El portero de noche. ¿Dónde están los zapatos?

Odio a ese hombre.

Deme esos zapatos.

De ninguna manera. Siéntese ahí un momento y se los seco.

¡TENGO QUE MARCHARME, AHORA MISMO!

¡Qué modales!, quédese los, si tanto aprecio les tiene.

Le he dicho al portero que he sido yo, abajo, quien... Usted hágame el favor de marcharse sin dejar que la vean. Caramba, están empapados...

¿Por qué no lo deja correr?

Sí, claro, y salgo descalzo, buena idea.

Quiero decir que por qué no lo deja correr todo, el contrato, las balanzas, todo.

Pero ¿qué demonios me está diciendo?

¿Cuántos años tiene?

¿Yo?

Sí, usted.

Cuarenta y dos.

¿Lo ve?, es lo bastante joven como para dejarlo correr todo.

Pero ¿qué está diciendo?

No me irá a decir que nunca lo ha pensado. Dejarlo todo y volver a empezar de nuevo. No estaría nada mal, ¿verdad?

Usted está loca.

Pero la mujer dijo que gran parte de la gente sueña con volver a empezar desde cero, y añadió que en eso había algo que resultaba conmovedor, no *loco*. Dijo que, en realidad, luego casi nadie empieza de nuevo desde cero de verdad, pero no tenemos ni idea de cuánto tiempo se pasa la gente fantaseando con hacerlo, y a menudo justo mientras está metida de lleno en sus problemas, y en la vida que querría dejar atrás. Ella, tiempo atrás, tenía un niño y se acordaba con claridad de cómo la invadía la angustia, de tanto en tanto, al estar ella sola con él, tan pequeño, y entonces lo único que funcionaba era pensar seriamente en dejarlo todo, y volver a empezar desde cero. Analizaba dónde podía dejar al niño, y ya sabía qué peinado iba a hacerse, y adónde iría a buscar trabajo para empezar de nuevo. Una cosa que la hacía estar inmediatamente mejor era pensar en las veladas que iba a pasar, y en las noches. Pasaría veladas enteras comiendo en el sofá, mientras que otras saldría y se iría a la cama con un hombre, lo haría con gran seguridad, levantándose luego de la cama y

recogiendo sus cosas, sin sentir remordimientos. Dijo que por el mero hecho de pensar en todo eso había algo dentro de ella que se disolvía y la inundaba la serenidad, como si de verdad hubiera solucionado algo. Se volvía entonces muy dulce con el niño, y repentinamente luminosa, y madre. El niño se daba cuenta, lo notaba, como un animalito; y entre sus brazos de pronto se volvía más lento en sus movimientos, y curioso en su mirada. Todo parecía ir mucho mejor, como por arte de magia. Añadió que tenía diecisiete años, en aquella época. Mientras explicaba todo esto, la mujer se había sacado el vestido de noche, primero bajándose la cremallera de la espalda y luego dejándolo caer tras haberlo movido apenas sobre los hombros. Como el vestido era de seda, se apelotonó en el suelo como un fardo brillante y ligero del que salió ella con un minúsculo paso: primero un pie y luego el otro. A pesar de que se había quedado en bragas y sujetador, seguía explicándose sin darle ninguna importancia al asunto, y sin traslucir ninguna intención que no fuera la de realizar un gesto que había decidido realizar. Recogió el fardo de seda y, mientras iba explicando cómo luego, años después, se separó efectivamente de aquel niño, lo colocó sobre una silla y se acercó a la cama. Sin dejar de hablar retiró la colcha roja y por eso el hombre hizo una pequeña mueca, como si le hubieran dado un pinchazo. Pero ella no le dio importancia, se quitó una horquilla que llevaba en el pelo y se deslizó bajo las sábanas, que era tal vez lo que tenía pensado, con gran deseo, desde el primer momento en que entró en esa habitación, probablemente para encontrar una forma de refugio, o de dulzura, infantil. Se desabrochó el sujetador, lo tiró a una esquina de la habitación, se colocó bien la almohada y luego se subió la sábana, hasta la barbilla. Estaba explicando lo que le sucedió en cierta ocasión, en una especie de oficina de colocación, y todavía hoy no era capaz de creérselo. Era algo que guardaba relación con lo de volver a empezar desde cero. Confiaba en que el hombre lo entendiera, aunque no era fácil hacerse una idea al respecto porque el hombre escuchaba sin pestañear, aún de pie, aferrando con una mano la empuñadura de una pequeña maleta. Tenía los pies en sus zapatos mojados. De vez en cuando los movía, debido a la molestia. En un momento dado le preguntó a la mujer cómo era posible tener un hijo a los diecisiete años. Es decir, si ella había tomado esa decisión o simplemente las cosas habían salido así. La mujer se encogió de hombros. No se trata de una historia bonita, dijo, y hace ya mucho tiempo que decidí no volver a recordarla. No resultará muy muy fácil eso de olvidarla, observó el hombre. La mujer se encogió otra vez de hombros. Pasé página, dijo. El hombre se quedó mirándola unos instantes, le preguntó luego si había vuelto a empezar desde cero, de ese modo en que soñaba, mientras tenía al niño en brazos. Sí, respondió la mujer, ¿y sabe de qué me di cuenta? El hombre no respondió. Me di cuenta de que uno nunca cambia de verdad, que no hay forma de cambiar: como uno es de niño lo será durante toda la vida, no es para cambiar por lo que se puede empezar desde cero. Y, entonces, ¿para qué es?,

preguntó el hombre. La mujer se quedó un rato en silencio. No se había dado cuenta de que la sábana se le había deslizado hacia abajo, sobre el pecho, o no le importaba. A lo mejor era eso lo que quería. Se empieza desde cero para cambiar de mesa. Siempre se tiene la impresión de que nos hemos metido en la partida equivocada y que con nuestras cartas a saber qué podríamos haber hecho únicamente de haber estado sentados en otra mesa de juego. Ella había dejado al niño con su madre y había empezado de nuevo con otra ciudad, con otro trabajo, con otra forma de vestir. Probablemente también quería dejar atrás unas cuantas cosas que no era posible volver a arreglar. Ahora no era capaz de recordarlo bien. Pero seguro que estaba cansada de perder. Como ya le he dicho, añadió, cambiar las cartas es imposible, lo único que nos queda es cambiar la mesa de juego.

¿Ha encontrado la suya?, preguntó el hombre.

Sí, respondió la mujer con seguridad, es una mesa que da asco, todo el mundo hace trampas, el dinero es sucio, y la gente no vale nada.

Qué maravilla...

Yo no sería demasiado quisquillosa, con las cartas que tengo en la mano...

¿Por ejemplo?

Soy imprecisa, poco inteligente, y demasiado malvada. Y nunca he podido acabar nada en esta vida. ¿Es suficiente?

¿Qué significa malvada?

No me importa ver sufrir a la gente. De vez en cuando, me gusta. Siéntese, me molesta ahí de pie, por favor.

Es que tengo que marcharme, en serio.

En la cama. Siéntese en la cama. Puede quedarse ahí abajo, si le molesta acercarse.

No es que me moleste, es que tengo que marcharme.

Eso es, muy bien.

Un momento sólo, luego tengo que marcharme. Dígame tan sólo cómo se las apañará para salir de aquí mañana.

¿Qué quiere decir?

Mañana por la mañana, si la ven.

Y yo qué sé. Ya me inventaré algo. Que usted me hizo subir aquí anoche y que esta mañana había desaparecido en la nada llevándose mi monedero. Algo de este tipo.

Es muy amable de su parte.

Imagínese.

En realidad, no tiene usted ni idea de lo poco que me importa.

¿De verdad?

De verdad.

Es decir, ¿que finge usted?

¿Que finjo qué?

Que es uno de esos a los que les importa un rábano lo que puedan pensar de él en un hotel. Un subnormal de esa clase.

No, lo soy de verdad. Lo que ocurre es que ya es tarde.

No se ponga usted así, estaba bromeando, no voy a causarle problemas, no van a verme salir de aquí, si hay algo que sé hacer yo es salir de un hotel sin que nadie se dé cuenta, créame. Estaba bromeando.

No se trata de eso.

¿Entonces de qué se trata?

De nada. Lo que ocurre es que ya es tarde.

Para qué.

Déjelo.

¿Tan importante es ese asunto del trabajo?

Tendría que haberme marchado antes. Lo que pasa es que no lograba levantarme de esa butaca.

A lo mejor es que no tenía ganas.

Es posible. Pero sería exageradamente ilógico para alguien como yo.

¿Nunca hace nada ilógico?

No.

¿No ha cometido nunca ningún error?

Muchos, pero nunca ilógicos.

¿Hay alguna diferencia?

Obviamente.

Póngame un ejemplo.

Pues tengo uno perfecto, bastante reciente, pero créame, ahora no viene a cuento.

Ha sonreído.

¿Perdone?

Es la primera vez que sonrío desde que nos conocemos. Tiene una bonita sonrisa, ¿lo sabe?

Gracias.

Tendría que hacerlo más a menudo, lo de sonreír, me refiero, le da ese toque melancólico que les gusta a las mujeres.

¿Qué ocurre, está ligando?

¡Oiga, oiga!

Perdóneme, era una broma.

Una broma. Espero que sea capaz de hacerlo mejor.

Sí, soy capaz de hacerlo mejor, pero no esta noche, lo siento.

¿Qué tiene esta noche que no funcione?

Es la noche equivocada.

Está aquí, con una mujer desnuda en la cama, charlando, ¿qué es lo que no funciona?, aparte de la deplorable ausencia de alcohol, quiero decir.

Si quiere, por alguna parte tiene que haber un minibar.

¿Cómo es posible que diga «tiene que haber»? ¿hace dieciséis años que viene a este hotel y no ha mirado nunca dónde está el minibar?

No.

Está usted loco.

Bebo poco.

Un poco de agua, ¿ni siquiera le ha apetecido nunca beber un poco de agua?

Por regla general, suelo traerla conmigo.

Jesús, está usted loco. Hágame el favor de ir a ver dónde se encuentra ese puñetero minibar. Suele estar debajo de la televisión.

En efecto, tiene pinta de ser la solución más lógica.

La solución más lógica sería al lado de la cama.

Error. El ruido no la dejaría dormir.

Pero el alcohol sí.

¿Cerveza?

¿Cerveza? ¿No hay nada más?

Nada que lleve alcohol.

Vaya asco de hotel. ¿No habrá palomitas, por casualidad? Me pirran las palomitas...

No, no hay nada para comer.

Qué asco. Está bien, conformémonos con la cerveza. Tómese una usted también.

Pero el hombre dijo que prefería no beber, había logrado no hacerlo durante toda la noche y no le apetecía bajar la guardia precisamente ahora. Luego fue hacia la cama y mientras cruzaba la habitación percibió la luz que se filtraba desde las cortinas. Retrocedió y con una mano buscó los cordones con los que correrlas, acordándose de hasta qué punto resultaba matemático, si bien por razones incomprensibles, tirar siempre del equivocado, el que descorre cuando quieres correr, o viceversa. Se lo dijo a la mujer, de la manera más ingeniosa de la que era capaz, y mientras tanto consiguió retirar un poco las cortinas. Era el amanecer. Miró el cielo lejano, esclarecido por una luz ambigua, y ya no estuvo seguro de nada. La mujer preguntó si por casualidad estaba incubando esa cerveza, y entonces él fue a llevársela. Siéntese, dijo la mujer, pero con un tono dulce esta vez. Un momento, dijo el hombre, y regresó a la ventana. Estaba aquella luz. Pensó que era una invitación, pero ahora le resultaba complicado percatarse de si se dirigía a él también. Miró el reloj como si hubiera alguna posibilidad de encontrar allí alguna respuesta y no dedujo nada útil de ese gesto, aparte de la vaga impresión de que era una hora

equivocada para un montón de cosas. Tal vez debería tener fe aún, salir de aquella habitación, subirse al coche y enfilear una autopista pisando el acelerador. Tal vez sería más apropiado meterse en aquella cama y descubrir si el cuerpo de aquella mujer era de verdad tan deseable como le parecía. Pero esto lo pensó como si no fuera idea suya sino de otra persona. Oyó el chasquido de una lata al abrirse y luego la voz de la mujer que le preguntaba si él siempre había sido así. ¿Así, cómo? Así, todo tan bien puesto, dijo la mujer. El hombre sonrió. Luego dijo No. Entonces la mujer quiso saber cuándo había empezado a serlo, si se acordaba, y por eso él, sin alejarse de la ventana, dijo que se acordaba perfectamente, tenía trece años y había pasado todo en una noche. Dijo que allí todo se había hecho pedazos. Delante de su casa, que estaba ardiendo, aquella noche todo se había hecho pedazos ante aquel fuego sin sentido. Tenía trece años, repitió. Luego conoció a un hombre que me enseñó a colocar las cosas en su sitio, y a partir de entonces no he dejado nunca de pensar que no tenemos otra tarea salvo ésa. Siempre hay una casa que reconstruir, añadió, y es un trabajo largo, para el que se requiere mucha paciencia. La mujer le dijo una vez más que fuera a sentarse en la cama, pero él no contestó y, como si fuera en pos de sus pensamientos, explicó que su padre todas las noches escuchaba la radio mientras se echaba al colete una botella de vino, hasta el final. Se sentaba a la mesa, colocaba su pistola delante de él y junto a la botella. Bebía a morro, lentamente, y no se le podía molestar, mientras lo hacía, por ningún motivo. La pistola no la tocaba nunca. Le gustaba que estuviera allí, sólo eso. Dijo que también aquella noche había transcurrido todo exactamente así, la noche en que el fuego lo arrasó todo. Luego le preguntó a la mujer si ella tenía casa.

¿Cuatro paredes y una cama? Claro.

No en ese sentido. Una casa de verdad. En su cabeza.

No estoy muy segura de entenderle.

Algo que esté usted construyendo, su tarea.

Ah, se refiere a eso.

Sí, a eso.

Ya se lo he dicho, nunca termino nada.

¿Por lo menos ha tenido alguna vez ocasión de empezar?

Tal vez una.

¿Dónde estaba?

Con un hombre.

Es un buen punto de partida.

Qué quiere que le diga.

¿El padre del niño?

¿Ése? Ya ves tú, menudo capullo era, en el momento de la verdad desapareció.

Lo siento.

Ni siquiera tenía trabajo. O tal vez sí, pero era algo del tipo ladrón de coches.

¿Y el otro?

¿Quién?

El hombre de la casa.

Bueno, ése...

¿Tenía algo de especial?

Todo. En este mundo sólo está él.

¿Qué quiere decir?

No hay nadie como él.

¿Dónde está ahora?

Conmigo no.

¿Por qué?

Déjelo correr.

¿No la quería?

Oh, sí, claro que me quería.

¿Pues entonces?

Montamos un buen follón.

¿De qué clase?

No lo entendería.

¿Por qué?

¿Tiene usted idea de lo que significa estar loco por alguien?

Me temo que no.

Pues eso.

Intente explicármelo.

¿Bromea?

Inténtelo, dígame aunque sólo sea una cosa.

¿Por qué?

No tengo nada más que hacer. Tengo que esperar a que los zapatos se sequen.

Ésa es una buena respuesta. ¿Qué es lo que quiere saber exactamente?

Qué significa estar loco por alguien.

No lo sabe.

No.

A la mujer sólo se le ocurrió pensar que uno entiende todas las películas de amor, *verdaderamente* las entiende. Pero tampoco eso era fácil de explicar. Y sonaba un poco tonto. Sin quererlo le volvieron a la mente muchas escenas que había vivido al lado del hombre al que amaba, o lejos de él, que en el fondo era lo mismo, lo era desde hacía un montón de tiempo. Por regla general, intentaba no pensar en ello. Pero allí le volvieron a la mente y en particular se acordó de una de las últimas veces que habían roto y de lo que comprendió en ese instante —estaba sentada a la mesa de un

café, y él acababa de marcharse. Lo que había comprendido, con absoluta certeza, era que vivir sin él iba a ser, para siempre, su ocupación fundamental, y que, a partir de ese momento, para ella las cosas tendrían en cada ocasión una sombra, una sombra más, hasta en la oscuridad, o tal vez sobre todo en la oscuridad. Se preguntó si eso podría servir como explicación de lo que significa estar loco por alguien, pero al levantar la mirada hacia el hombre de pie delante de la ventana, allí con su maletita en la mano, lo vio tan elemental y definitivo que le pareció totalmente insensato tratar de explicárselo. Al fin y al cabo, ni tenía ganas de hacerlo ni estaba allí para eso. Así que sonrió con una sonrisa triste que no era la suya y dijo que no, que era mejor dejarlo estar. Sea amable, le dijo al hombre, y no hablemos más de mí. Como prefiera, dijo el hombre. La mujer abrió otra lata de cerveza y se quedó en silencio un rato. Luego preguntó cómo diablos acababa uno fabricando balanzas. No le interesaba, verdaderamente, pero quería terminar con aquel silencio, o tal vez con el recuerdo del hombre al que amaba. Por eso le preguntó cómo acaba uno vendiendo balanzas. Al hombre debió de parecerle una pregunta importante, porque se puso a recordar cuando le enseñaron por primera vez a medir. A medir bien. Le gustó que medir bien se hiciera con las manos. Probablemente fue en ese momento cuando se aferró a la idea de que faltaban instrumentos para medir, y que ése era el principio de cualquier problema. Tenía que medir dos pinturas y mezclarlas, calcular con exactitud cuánta se requería de una y cuánta de la otra. Si uno hacía bien las cosas, el pincel se deslizaría por la madera y el tinte sería el justo a la luz de la mañana y un poco más cálido a la del ocaso. Le gustaría explicarle hasta qué punto tenía esto que ver con la tarea que tenemos todos de reconstruir la casa, y que, en cierto modo, era el principio de ello, la aurora. Pero mientras buscaba las palabras bajó la mirada hacia la calle y vio que tres coches de la policía se habían detenido delante de la entrada del hotel, con las luces azules destellando. Un policía estaba de pie, apoyado en una portezuela abierta, y hablaba por la radio. El hombre dejó de hablar y se volvió hacia la mujer, que estaba en la cama. Sólo en ese momento se fijó en sus ojos, que eran claros pero grises, como de lobo: y comprendió dónde empezaba su belleza. Le escucho, dijo la mujer. El hombre se quedó mirándola —aquellos ojos— pero al final volvió a mirar por la ventana y empezó a recordar de nuevo los dos botes de pintura, y el líquido denso que bajaba por un vaso graduado de cristal.

Se necesitaba algo de tiempo para aprender, dijo al final.

Es usted extraño, dijo la mujer. Venga aquí.

No.

¿Por qué?

La noche ha terminado.

No estará pensando aún en esa maldita cita. Ya le habrán dado por muerto.

No se trata de eso.

¿Pues entonces? ¿Tiene miedo de que lo pillen, mañana por la mañana, con una mujer con un traje de noche? Ya le he dicho que soy capaz de desaparecer de aquí sin que se den cuenta.

¿En serio?

Pues claro.

Tal vez tendría que hacerlo ahora.

¿Pues no pienso! ¿Por qué debería?

Créame, hágalo ahora.

¿Qué puñetas está diciendo?

Nada.

Mejor dicho, ¿sabe qué voy a hacer? Aquí lo que hace falta es un buen desayuno en la habitación, para celebrarlo.

Cuelgue ese auricular.

¿Cuál es el número de Recepción?

No lo haga, se lo ruego.

El nueve, eso es, siempre es el...

CUELGUE ESE AURICULAR.

Tranquilo, hombre, ¿qué le ocurre?

¡CUELGUE INMEDIATAMENTE!

De acuerdo..., de acuerdo, eso es, ya está.

Perdóneme.

Pero ¿qué bicho le ha picado?

No era una buena idea.

Claro que lo era.

Créame, no lo era.

No se piense que iba a pedir dos, pedía sólo uno, lo compartíamos, y cuando lo subieran yo iría a esconderme al lavabo.

El hombre pareció pensar por un instante que en efecto podría haber funcionado, pero en realidad no era eso lo que estaba pensando. Hizo ademán de decir algo, cuando llamaron a la puerta, tres veces. En el pasillo una voz dijo «Policía del Condado»; lo dijo sin énfasis, pero alto, sin titubeos. El hombre se quedó un instante en silencio, luego dijo en voz alta «Ya voy». Se dio la vuelta para mirar a la mujer. Estaba quieta, las sábanas se le habían deslizado hasta las caderas. El hombre se quitó la chaqueta, se acercó a la cama y se la tendió a la mujer. «Tápese», dijo. Llamaron otra vez a la puerta. La mujer se puso la chaqueta, miró al hombre y dijo en voz baja «No tiene que preocuparse». El hombre dijo que no con la cabeza. Luego dijo en voz alta «Ya voy», y se encaminó a la puerta. La mujer metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y con la mano derecha palpó una pistola. La agarró. El hombre abrió la puerta.

Policía del Condado, dijo el agente, enseñándole una placa. La otra mano la mantenía apoyada en la culata de una pistola que le colgaba del cinturón.

¿Es usted el señor Malcolm Webster?, preguntó el policía.

Sí, soy yo, dijo el hombre.

Tengo que pedirle que me acompañe, dijo el policía.

Luego se volvió hacia la cama y no pareció sorprenderse al encontrar allí a la mujer, bajo las mantas.

¿La pistola?, le preguntó.

Todo en orden, respondió la mujer, la tengo yo.

El policía hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

Se volvió de nuevo hacia el hombre.

Nos vamos, dijo.

Dos

Ella era una chiquilla, y vestirse de mujer hacía que pareciera aún más joven. Como el maquillaje, eso también: el carmín de los labios y las marcadas sombras alrededor de los ojos —ojos claros pero grises: como de loba. Llegó hacia las nueve de la noche, con su novio, el que tenía que ser evidentemente su novio, sólo algo mayor que ella. Debían de haber bebido ya bastante. No tenían reserva, y al portero del hotel le dijeron que habían olvidado la documentación en el coche. El portero era un hombre de unos sesenta años a quien la dirección le había ordenado que no se hiciera de rogar y cobrara por anticipado. No podía permitirse hacer lo que le pareciera, de manera que les dio a los dos una habitación en el tercer piso y les cobró. El muchacho sacó un fajo de billetes del bolsillo y pagó al contado. Mientras lo hacía, añadió alguna frase más bien grosera, porque parecía importarle dejar claro que era un tipo duro. La joven no dijo nada. Estaba de pie, dos pasos atrás.

Subieron a la habitación pero casi de inmediato bajaron de nuevo y se marcharon a cenar, sin despedirse.

Era un hotel más bien sórdido, en la periferia de la ciudad.

En el corazón de la noche el portero del hotel, echado en su camastro, oyó unos ruidos, en el vestíbulo, como de voces ahogadas. Se levantó para ir a ver y apoyados en una pared vio cómo se besaban aquellos dos. La joven parecía querer subir a la habitación, pero él la sujetaba, manteniéndola contra la pared, y ella, entre beso y beso, se reía a carcajadas. El chico le metió una mano por debajo de la falda y ella cerró entonces los ojos, sin dejar de reírse. Podía tratarse de una escena incluso simpática, pero él obraba de un modo que no era del todo bonito. El portero del hotel tosió levemente. El chico se dio vuelta hacia él y luego volvió a hacer lo que estaba haciendo, como si no le importara que alguien estuviera mirándolo, o como si le gustara. Pero al portero aquello no le iba nada, de manera que cogió la llave de su habitación y dijo en voz alta que les agradecería que subieran. El chico blasfemó, pero sacó la mano de allí y la usó para atusarse el pelo. Al final cogieron la llave y subieron. El portero del hotel se quedó de pie tras el mostrador, y estaba pensando en lo que había de delicioso en aquella chica cuando la joven reapareció en el vestíbulo, con una sombra de cansancio que antes no tenía, y dijo que no había toallas en la habitación. El portero estaba seguro de que las había, pero fue a buscarlas a la parte trasera sin hacer ningún comentario. Volvió con las toallas y se las tendió a la chica, que le dio las gracias de una bonita forma y empezó a irse. Pero tras dar dos pasos se detuvo y, dándose la vuelta hacia el hombre, le hizo una pregunta, como si la tuviera guardada desde hacía tiempo, y con un tono en el que había simple curiosidad y un poco de aquel cansancio.

¿Cuándo duermen los porteros de noche?, preguntó.

Por la noche, respondió el hombre.

Ah.

Aunque lo haces a trozos, claro está.

Quiere decir que acaba uno destrozado, ¿verdad?

No, quiero decir que sueles tener que despertarte y volver a dormirte muchas veces.

No es que sea una maravilla. ¿Cómo ha acabado haciendo un trabajo así?

No estaba en condiciones de poder elegir. Y, además, no me disgusta.

Claro, ser una estrella del rock debe ser otra cosa.

Seguro que no tendría la tranquilidad ni el tiempo del que tengo el privilegio de disponer.

¿Cómo dice?

Digo que a mí la cosa me va bien. Quería vivir tranquilo.

Qué feliz. En mi opinión, no ha tenido pelotas para soñar con algo mejor para usted. Buenas noches.

Qué curioso, es lo mismo que he pensado yo de usted.

¿Perdone?

Cuando la he visto entrar, y luego más tarde, allí, en el vestíbulo, lo que he pensado es que era una lástima.

¿Qué era una lástima?

Ese chico. Usted con ese chico. Usted, si me lo permite, es una muchacha deliciosa, eso se ve de inmediato.

¿Pero qué gilipolleces está diciendo?

Perdóneme. Que tenga buenas noches.

No, ahora me va usted a decir lo que quería decir.

No es importante.

De eso estoy segura, pero ahora me lo va a decir de todas formas.

Su novio estará esperando las toallas.

Eso es problema mío. ¿Qué es esa historia de la muchacha deliciosa?

Mantiene los pies uno junto a otro, bien pegados. No siempre las chicas se dan cuenta de que si llevan tacones altos la manera de estar, cuando están quietas, de pie, es con los pies bien juntos. A veces los separan sólo un dedo, pero no es lo mismo.

¿Será posible, el tío este?

No todas se dan cuenta, pero usted lo sabe, y luego está también todo lo demás, tiene una bonita forma de... de todo. El chico en cambio es completamente erróneo, ¿no?

Pero ¿usted se está escuchando?

De manera que he pensado que era una lástima. He pensado que usted no ha tenido pelotas para soñar con algo mejor.

Tendría usted que dormir un poco más, ¿sabe? No está nada bien.

Es posible. Pero uno se da cuenta de algunas cosas.

¿Pero de qué le parece que se da cuenta?

De algunas cosas.

¿Qué pasa, tiene usted estudios, es psicólogo por el día, es un adivino?

No. Es que ya tengo una edad, y he visto de todo.

¿Permaneciendo de pie detrás del mostrador de un hotel?

Incluso así.

Menuda experiencia.

He tenido otras.

¿De qué tipo?

Tener hijos como usted.

Ya ves tú.

¿Le parece algo sin importancia?

Todo el mundo puede tener hijos.

Eso es verdad. Estuve en la cárcel. ¿Eso le gusta?

¿Usted, en la cárcel?

Trece años.

¿Se está choteando de mí?

No me atrevería nunca.

Usted no es un tipo carcelario.

No, eso es cierto.

¿Acabó allí por error?

Acabé allí por una serie de causas que se alinearon de una forma anómala e incorregible.

No le entiendo.

Maté a un hombre.

Joder.

Su novio está esperándola.

¿Mató a un hombre cómo?

Le disparé. Un tiro, sólo uno.

Qué puntería...

Estaba a un metro, no resultaba muy fácil errar el tiro. Aunque el hecho de haber disparado sólo un tiro me ayudó ante el tribunal. No hay ensañamiento, ¿comprende?

Deja entrever que no le encontró gusto a la cosa.

Eso es.

Algo limpio.

Por decirlo de algún modo.

¿Por qué lo mató?

Es una larga historia.

Está bien, pues abréviela.

¿Y por qué tendría que hacerlo?

No lo sé, me gustaría conocerla.

Pues lo haremos así...

Vale, pero de prisa, que tengo que subir.

Yo le cuento la historia, pero usted a cambio se va de este hotel, enseguida, sin despedirse siquiera del tipo de arriba.

¿Cómo dice?

He dicho que con gusto se lo contaría, por qué lo maté, pero que a cambio me gustaría que usted luego se marchara de aquí y se volviera a casa.

¿Pero qué coño está diciendo?

Sinceramente, no lo sé. Pero se me ha ocurrido esta idea. Me gustaría mucho verla salir por esa puerta y marcharse a un sitio mejor.

¿Qué tiene este lugar que no sea adecuado?

Ese hombre.

¿Mi novio?

Tal vez. Usted y ese muchacho, sí. Es todo un error.

Lo que hay que oír.

A lo mejor me equivoco.

Claro que se equivoca.

¿Está segura?

Claro.

Entonces perdóneme. Coja las toallas. Buenas noches.

Un momento, un momento.

Vaya usted.

Un momento. Primero, la historia.

Ya le he dicho que con gusto se la contaría, pero que a cambio tendría que hacerme el favor de salir por esa puerta y volver a casa.

¿Pero qué pasa, es tonto o qué? ¿No creerá que yo iba a hacer eso realmente? Lo de irme sólo porque a usted le *gustaría*.

En efecto, lo veo como una eventualidad improbable.

Diga más bien imposible.

¿Por qué?

Se trata de mi vida, ¿qué tiene usted que ver?

¿Y aparte de eso?

Y, aparte de eso, de todas formas no podría irme.

¿Por qué?

Porque él me daría una paliza.

Ah, se trata de eso.

¿Contento?

No. De ninguna manera. ¿Cómo se ha metido en este lío?

Yo qué sé.

Fantástico.

Me gustaba..., bueno, me *gusta*, lo que pasa es que...

¿Qué le gusta?

Mi novio.

Ya, pero ¿qué le gusta de él?

Qué chorrada de pregunta: me gusta él, cómo es, me gusta porque está loco, me gusta en la cama. ¿Sabe de qué le hablo?

Puedo llegar a hacerme una idea.

Vale, pues hágasela.

¿No había nadie menos dado a la vulgaridad y la violencia?

Pero ¿de qué coño está hablando?

¿Por qué no se busca a uno que sea amable y que no le atice?

¿Es que los hay?

Usted es espléndida.

Déjelo correr. Deme esas toallas.

Tome.

Creo que necesito una buena ducha.

Probablemente.

Me tocará dármela sin saber cómo demonios un memo como usted acabó siendo un asesino.

Vaya a darse esa ducha a su casa y lo sabrá.

¿A casa? Usted no tiene ni idea.

Tendrá una casa.

No es mi casa, es la casa de mi madre.

Por regla general, no es distinto.

Conteste, sin duda alguna será él.

Recepción, buenas noches... Sí, está aquí. No tengo ni idea... Sí, le paso con ella.

¿Diga?... Ya voy... Me he parado a charlar un momento... Con el portero... Sí, a charlar... Podría ser mi abuelo, Mike... Oye, eso es asunto mío... No, mira... Te he dicho que ya voy... OYE, ¿PUEDES DEJARME EN PAZ UN MOMENTO?, te he dicho que ya voy... ¡ERES TÚ EL QUE ESTÁ GRITANDO!..., pero qué dices media hora, hará cinco minutos..., yo qué sé, estará en el fondo del bolso..., no me grites, por favor... NO ME GRITES, COÑO... HE DICHO QUE..., vete a tomar por culo.

Lo siento, es culpa mía.

Qué coño...

Váyase.

No, póngame otra vez con él, por favor.

¿Por teléfono?

¿Cómo iba a ser, si no? Rápido.

La verdad, creo sinceramente...

¡Rápido, que, si no, va a bajar!

Tome.

¿Oye?... ¿Me oyes?... Perdona, perdóname, por favor, perdóname... Mike... de acuerdo... subo enseguida..., te lo juro..., recojo nada más las toallas... Te quiero..., sí..., ya te lo he dicho..., sí, ya voy.

Y ahora, márchese.

Sí, ya voy.

Buenas noches.

No me habrá tomado el pelo, ¿verdad?

¿En qué sentido?

Ha estado en la cárcel de verdad.

Trece años.

¿Trece?

Leí mucho. Pasaron.

Yo me habría vuelto loca allí dentro.

Usted es joven, es distinto. Váyase.

En su opinión, ¿cuántos años tengo?

Dieciocho. Lo escribió usted en el formulario que rellenó para el hotel.

¿Y usted se lo cree?

No.

¿Pues entonces...?

Dígame usted.

Dieciséis.

Caramba.

Todo el mundo dice que es una edad especial.

Sí, así parece.

¿Usted cree que es una edad especial?

No lo sé, nunca la tuve.

¿Se la saltó?

Es una forma de decirlo.

Una lástima.

También es una lástima desperdiciarla como está haciendo usted.

No la estoy desperdiciando de ninguna de las maneras.

Perdóneme, tiene razón, yo no sé nada.

¿Por qué dice que estoy desperdiciándola?

No lo sé. Su cara.

¿Qué tiene mi cara?

Es muy hermosa.

¿Y qué?

Sería muy hermosa si no llevara encima esa maldad.

¿Maldad?

Tiene usted una cara malvada.

¡Guay!

Ya ve.

Yo soy malvada.

Mejor para usted.

Sí, claro que mejor para mí, me gusta ser malvada, me defiende del mundo, es la razón por la que no le tengo miedo a nada. ¿Qué es lo que le parece mal de la maldad?

El hombre se lo pensó un rato. Luego dijo que hay que ir con cuidado, cuando uno es joven, porque la luz en la que se habita de joven será la luz en la que se va a vivir para siempre, y esto por una razón que él nunca había entendido. Pero sabía que era así. Dijo que muchos, por ejemplo, son melancólicos de jóvenes y entonces lo que les ocurre es que siguen siéndolo para siempre. O han crecido en la penumbra y la penumbra los persigue luego durante toda su vida. De manera que hay que ir con cuidado con la maldad porque de joven parece un lujo que puede uno permitirse, pero la verdad es otra, y es que la maldad es una luz fría en la que todas las cosas pierden su color, y lo pierden para siempre. Dijo también que él, por ejemplo, había crecido en la violencia y en la tragedia, y tenía que admitir que por una serie de circunstancias ya no había podido nunca salir de aquella luz a pesar de que, en general, podía decir que había hecho las cosas bien, en el curso de su vida, con la única intención de colocar de nuevo las cosas en su sitio, y consiguiendo, en el fondo, hacerlo, pero innegablemente en una luz que nunca había conseguido ser distinta a la trágica y violenta, con escasos momentos de belleza, que por otra parte no iba a olvidar nunca. Luego vio que el ascensor bajaba desde el tercer piso a la planta baja y se dio cuenta de que algo en el rostro de la muchacha se había endurecido, algo muy parecido a un pequeño espasmo de miedo. De forma instintiva al hombre le entraron ganas de meterse en su cuartito, pero luego pensó que no podía dejar allí a la joven y entonces le dijo Rápido, venga conmigo, y ella extrañamente lo siguió y se dejó llevar hasta el cuartito del despacho donde el hombre le indicó con un gesto que se mantuviera callada, mientras buscaba por allí algo que no habría sabido decir qué era. Se oyó la puerta del ascensor al abrirse y la voz del muchacho gritando el nombre de la chica. El hombre esperó un momento, luego salió del cuartito y se fue hacia el mostrador. El muchacho iba en calzoncillos y camiseta. El hombre lo miró con toda

la mansedumbre impersonal de la que fue capaz.

Tengo que rogarle que no grite, dijo.

Yo grito lo que me da la gana. ¿Dónde se ha metido?

¿Quién?

Mi novia.

No lo sé. Cogió las toallas.

¿Y dónde se ha metido?

No lo sé, creo que ha subido.

¿Cuándo?

Después de que usted la llamara por teléfono, cogió las toallas y luego ya no sé nada más.

¿Y esto qué es?

¿Esto?

¿Estás atontado o qué?, esto, ESTO, ¿no son toallas?

Debe de haberlas dejado aquí. No lo sé, yo estaba ocupado, me volví para mi...

Pero qué coño...

Debe de habérselas olvidado.

¿Dónde se ha metido?

A lo mejor ha subido un momento a la terraza.

¿Qué terraza?

Le he explicado que hay una terraza, en la última planta, que es muy bonita de noche, se ve toda la ciudad iluminada. A lo mejor le han entrado ganas de...

¿La terraza?

No lo sé, si no ha vuelto a la habitación...

¿Cómo se llega a esa mierda de terraza?

Sube en el ascensor hasta el último piso y luego todavía queda un último piso de escaleras. La puerta está abierta.

Venga, tutéame. ¿Seguro que no la has visto salir?

¿Salir del hotel?

Salir del hotel, sí, ¿acaso hablo árabe?

Podría ser, pero, como ya le he dicho, estaba ocupado y por eso me volví para dentro y...

Ni se te ocurra tratarme como a un idiota, ¿vale?

Yo sólo estoy haciendo mi trabajo.

Menudo trabajo de mierda...

Lo he pensado, sí.

Hombre, muy bien, de vez en cuando piensa, que eso no va a hacerte daño.

Sus toallas.

Jódete.

¿No se las lleva?

Viejo atontado...

Luego el muchacho ya no dijo nada más. Se encaminó hacia el ascensor, pero algo se le pasó por la cabeza, por lo que enfiló las escaleras, blasfemando en voz baja. El hombre no se movió. Sólo en ese momento se dio cuenta de que le temblaban las manos y se sintió feliz de que el chico no se hubiera dado cuenta. Se quedó unos instantes allí, porque no estaba seguro de que el chico no fuera a dar la vuelta, e intentó pensar rápidamente qué es lo que tendría que hacer a continuación. No se le ocurrió nada de nada. Qué idiota, pensó, pero no se refería al muchacho. Regresó al cuartito y esta vez sabía cómo llamar a la chica. Mary Jo, dijo, ahora lo mejor sería que usted subiera, deprisa. Ella estaba sentada en el camastro. Tenía los pies el uno junto al otro, de esa hermosa forma suya. Hizo un gesto de negación con la cabeza. Tengo miedo, dijo. ¿De qué?, preguntó el hombre. De subir.

Váyase de aquí, entonces, y corriendo, dijo el hombre.

Tengo miedo de eso también.

Yo la acompaño.

No tiene sentido.

¿Por qué?

Tengo que volver arriba.

Pero en cambio va a irse de aquí, es lo más apropiado, yo la acompaño.

Usted tiene que quedarse aquí.

Nadie se va a dar cuenta.

¿Y luego adónde coño voy?

Ahora no tenemos tiempo para discutir sobre el tema. Venga.

Déjelo correr. Ya se me ha pasado.

Venga, le he dicho.

¿Por qué?

Mire afuera, ya amanece.

¿Y eso qué significa?

Es hora de que regrese a casa a dormir.

¿Qué tendrá que ver la hora que es?, no soy ninguna niña.

No es una cuestión de horas, es una cuestión de luces.

¿Qué demonios está diciendo?

Es la luz apropiada para regresar a casa, está hecha a propósito para ello.

¿La luz?

No hay luz mejor para sentirse uno limpio. Vámonos.

No pensará de verdad que...

Sí, lo pienso. Venga conmigo.

¡Ni siquiera sabemos adónde coño ir!

Improvisaremos. Hacia la estación, tal vez. Allí abren pronto. Ambos necesitamos un buen café, ¿no está de acuerdo? Venga, salgamos por la puerta trasera. ¿Le molestaría dejar las toallas?

No pienso hacerlo, ni hablar. Éstas me las llevo conmigo.

Como prefiera, pero dese prisa, por aquí.

Me encanta robar las toallas de los hoteles.

Muy infantil.

De ninguna de las maneras. ¿Qué se cree, que me las llevo para hacerle a alguien un feo?

No veo otro motivo. Como toallas no valen gran cosa. Venga, giremos por aquí.

No me importa nada la calidad. Es que luego, en casa, me recuerdan dónde estuve. ¿Esto es capaz de entenderlo?

¿Un *souvenir*?

Algo así.

Un estorbo, como *souvenir*.

Es verdad. ¿Me las lleva usted? Gracias.

Camine un poco más deprisa, de todas formas, por favor.

¿Tenemos prisa?

No lo sé.

Qué luz, en cualquier caso.

Ya se lo he dicho.

Y, en efecto, en aquella mañana de verano el amanecer se extendía en el cielo terso con tal seguridad que hasta aquellos suburbios sin ambiciones parecían haber sido cogidos por sorpresa, acabando por ceder a casi una belleza para la que no habían sido contruidos. Había destellos optimistas en las ventanas, y la hierba escasa brillaba, donde la había, con un verde inesperado. Pasaban coches, pocos, y también ellos parecían haber suspendido cualquier prisa particular que llevaran, como si estuvieran atravesando una tregua. El hombre y la chica caminaban uno junto a otro, y era un espectáculo extraño porque la joven era hermosa y el hombre muy corriente, aparte de viejo. Habría costado un gran esfuerzo comprender su historia, al verlos, ella con sus tacones altos, su paso seguro; él algo encorvado, con un juego de toallas blancas bajo el brazo. Tal vez un padre y una hija, aunque ni siquiera eso. Giraron alrededor del muro de una vieja fábrica de cerveza, abandonando la calle principal, y el hombre no se puso a decirle que prefería ir por allí porque seguía teniendo miedo de aquel chico que iba en calzoncillos, y la seguridad de que no iba a encontrar la terraza, dado que no la había. Prefirió explicarle algo sobre aquella fábrica de cerveza, y sobre el olor a malta y a pub que aún se percibía al pasar por allí. Le explicó que su propietario se fugó al Caribe, tres años atrás, y entonces durante un tiempo los trabajadores llevaron la fábrica por su cuenta, sin que les fuera nada mal,

pero las cosas luego fueron como tenían que ir. La chica le preguntó si él había bebido alguna vez aquella cerveza, y el hombre le dijo que no bebía desde hacía años, no podía permitírselo, porque estaba en libertad vigilada y cualquier tontería que se le ocurriera hacer acabaría por llevarlo de regreso a la cárcel en un abrir y cerrar de ojos. Por tanto, prefiero permanecer lúcido, dijo. Si tuviera que hacer una tontería, preferiría elegirla lúcidamente, añadió. Tal vez se estuviera refiriendo remotamente a lo que estaba haciendo en aquel momento. Debió de pensarlo también la joven porque de inmediato le dijo que ahora ya podía regresar al hotel, que ella ya se las apañaría. Pero el hombre hizo un gesto de negación con la cabeza, sin añadir nada más. Estaba tan evidentemente indefenso, en su tranquilidad, que la chica lo quiso, por un instante. Sólo en ese momento se dio cuenta de que él se estaba arriesgando realmente a perder su trabajo, caminando al amanecer por las inmediaciones de una cervecería muerta junto a una muchacha que estaba loca, y el asunto extrañamente no le gustó. De repente, se empeñó en que aquel hombre no tenía que sufrir, y siguiendo sus pensamientos llegó incluso a pensar que le gustaría que no hubiera sufrido nunca en su vida. Por eso le preguntó al hombre en un momento dado si los suyos le esperaron durante todos aquellos años de cárcel.

Más o menos, respondió el hombre.

¿Sí o no?

Mi mujer más o menos. Y mis hijos, uno ya era mayor y se marchó, los otros dos se quedaron con su madre.

Quiere decir que cuando salió ya no tenía una casa que fuera suya.

Lo intentamos, durante un tiempo, pero no funcionaba. Habían cambiado muchas cosas.

¿Como cuáles?

Yo había cambiado. Ellos también. Todos. No es fácil.

¿Se avergonzaban de usted?

No, no lo creo, avergonzarse no es el término correcto. Tal vez sería más apropiado un término que tuviera que ver con el perdón.

No lo perdonaron.

Algo parecido. Es una lástima, porque en realidad lo había hecho por ellos.

¿El qué?

Fue por ellos por lo que maté a ese hombre.

¿En serio?

Sí. Por mí, por ellos. Para defender mi casa.

No puedo seguirle si camina tan rápido.

Perdóneme.

No tenemos prisa, ¿verdad?

No lo sé.

¿Mi novio?

El mismo.

Bah. Siga contándome.

¿Qué?

Me debe una historia.

Cierto.

¿Y entonces?

Era un usurero. El hombre al que maté era un usurero.

¡Guau!

¿Sabe de qué le hablo?

Claro, no soy tonta. Un usurero.

Le debía un montón de dinero. Quería tomar represalias contra mis hijos.

Así que le disparó.

Sí.

Qué estupidez, esa gente amenaza pero luego, cuando llega el momento, no hace nada de nada. Es su sistema.

No en ese caso.

¿Cómo lo sabe?

Empezó a hacer cosas molestas, nada violento, pero se trataba de cosas desagradables. Advertencias.

Y a usted le entró miedo.

No. Estaba tranquilo. Pero no encontraba el dinero y él siguió. Lo sabía todo sobre nosotros, los horarios, los sitios, todo.

Podía denunciarlo.

Tarde o temprano saldría y entonces nos habría encontrado de nuevo. Así funcionan las cosas. Quien denuncia, al final lo paga.

Vaya mierda. Usted sabe adónde estamos yendo, ¿verdad?

Más o menos.

Ok. Entonces prosiga.

Nada, yo me lo había buscado, necesitaba ese dinero y me metí en ese lío.

¿Y no se le pasó nada más por la cabeza, aparte de dispararle?

No había otra salida, créame. Matarlo era el único movimiento que podía acabar esa partida.

¿Y se hizo un plan?

Más o menos. Intenté adivinar si había algo en lo que fuera más fuerte que él.

Y lo encontré.

Sí. Yo tenía más fantasía y cara de pusilánime.

¿Qué quiere decir?

Nunca se esperaba que pudiera hacer algo valiente, o violento. Así que le dije que

tenía el dinero, decidí un lugar, él ni siquiera se tomó la molestia de elegirlo bien, o de hacer que lo acompañara alguien. Llegó, me aproximé y le disparé. Era lo último que se esperaba.

Caramba.

Así fue como ocurrió.

¿No le causó..., me explico, no le causó impresión? Disparar, me refiero.

Crecí en un mundo en el que la gente disparaba. Mi padre trabajaba de contable, pero cuando era necesario disparaba.

¿En serio?

Era un mundo que estaba hecho así. La gente se mataba, y lo hacía normalmente.

¿En qué sentido dice *normalmente*?

Ésa es otra historia, y ésa no se la debo.

Pues vale. Acabe la mía, entonces.

¿Qué más quiere saber?

Qué hizo luego. ¿Escapó, se entregó a la policía, qué hizo?

Me subí al coche y durante un par de días estuve dando vueltas por ahí. El primer día tenía algunas citas con clientes y acudí a ellas. Luego ya está, me fui por ahí y ya está. Ni siquiera telefoneé a mi casa.

Huyó.

No. Iba dando vueltas por ahí. Pero no me escondí ni un instante siquiera. No me importaba que me cogieran.

¿Por qué?

Llevaba todavía la pistola conmigo. La guardaba en el bolsillo de la chaqueta. Pensaba suicidarme tarde o temprano.

¿De verdad?

Ésa era mi idea. Era una idea lógica.

Pero luego no lo hizo.

Pensaba hacerlo cuando viera llegar a la policía. Pero fueron muy hábiles.

¿Es decir?

Se imaginaban algo semejante y entonces fueron muy hábiles. Me siguieron durante un tiempo desde lejos, luego escogieron bien el momento. Estaba en un hotel y fueron a detenerme allí, al amanecer, pero de una forma buena, con estilo. Tuve suerte, eran policías que sabían hacer bien su trabajo.

Así que no se disparó.

Como puede ver.

Tal vez habría sido mejor dispararse.

Quién sabe. Aunque me decantaría por descartarlo. Siempre es mejor vivir.

¿Hasta en la cárcel?

Pero el hombre no respondió porque un coche negro, unos cruces más adelante,

pegó un frenazo de golpe y puso marcha atrás. ¿Es él?, preguntó el hombre, y la joven asintió. Estaba pálida. Por aquí, dijo el hombre, y echaron a correr hacia el paseo grande, por donde pasaban más coches y a lo mejor había hasta gente. La chica se agachó para quitarse los zapatos y llevándolos en la mano se puso a correr con rapidez. Al hombre le latía el corazón en los oídos, estaba intentando pensar, esforzándose en que se le ocurriera algo. Estaba claro que el muchacho los había visto, pero probablemente estaba tan cabreado que tardaría un poco en orientarse en aquella red de callejuelas. Tal vez tenían todavía algunos minutos, aunque no estaba nada claro qué podían hacer. Quizá llegar hasta el paseo ya era algo, pensó, y cuando lo alcanzaron se dio la vuelta para ver si el coche negro lo había encontrado antes que ellos. Vio un autobús que se acercaba, con el intermitente puesto. Dio media vuelta y vio la parada a unos veinte metros de ellos. Por aquí, rápido, le gritó a la chica, y al mismo tiempo levantó el brazo para que el autobús se parara de verdad. Llegaron a la parada y el tiempo que tardó el autobús en frenar y abrir las puertas pareció una eternidad. Suba, rápido, dijo el hombre. La joven se subió sin decir una palabra. El hombre se echó instintivamente una mano al bolsillo en busca de un billete, porque se trataba de esa clase de persona. Pero no tuvo tiempo, porque las puertas se cerraron. Desde detrás del cristal la chica le gritó algo y él pensó que le estaría preguntando por qué no se había subido. Sólo hizo un gesto diciendo que no, con la cabeza. El autobús partió y él vio cómo la joven se despedía de él con la mano. Le pareció que lo hacía de una forma hermosa, como seguramente lo hacía todo.

Luego se quedó allí, de pie, con el corazón latiéndole con fuerza. Ni siquiera pensaba.

Un minuto, tal vez algo más, y el coche negro se detuvo delante de él. Se abrió la portezuela y el muchacho se bajó, con calma, lentamente. No iba en calzoncillos y camiseta, se había vestido. Rodeó el coche y se acercó al hombre. Está embarazada, gilipollas, susurró lentamente, luego le dio un puñetazo al hombre por debajo de las costillas y el hombre cayó al suelo. Se ovilló en la acera, como un insecto, y mientras tanto iba pensando en la cárcel y en qué podía hacer para evitar volver a acabar de nuevo allí. No hacer nada, pensó. El muchacho le dio una patada en la espalda, repitiendo en voz baja Gilipollas. Luego sacó un cigarrillo y lo encendió. El hombre, en el suelo, escuchaba su propio corazón. Intuyó que el chico daba unos pasos, como para alejarse. Luego volvió a oírlo nuevamente de cerca.

¿Adónde ha ido?, preguntó el muchacho.

Al hombre le pareció que el asunto de que la chica estuviera embarazada cambiaba un poco las cosas.

Ha cogido el autobús, respondió.

El muchacho hizo un gesto ambiguo con la cabeza. Daba furiosas caladas a su cigarrillo.

Levántate de ahí, dijo.

El hombre pensó que nunca saldría de aquélla, pero el chico le repitió que se levantara y lo hizo con una voz maligna e impaciente. De manera que el hombre se apuntaló con los brazos sobre la acera y con un inmenso esfuerzo se puso nuevamente en pie. Sentía un dolor, dentro del pecho, que lo partía por la mitad.

Súbete al coche, dijo el chico, con la misma voz de antes.

El hombre levantó la cabeza y por un instante se preguntó dónde habrían acabado aquellos escasos viandantes que, se acordaba bien, antes caminaban apresurados por el paseo. Se subió al coche y se le ocurrió que no iba a salir vivo de allí. Pero se trataba de una idea idiota, probablemente.

El muchacho se puso al volante y el hombre, en el asiento del copiloto, se abandonó contra el respaldo. No sucedió nada, durante un rato. Luego el muchacho arrancó y lentamente hizo un cambio de sentido, moviéndose a lo largo del paseo. Vagaron como si no tuvieran ninguna meta, y tal vez no la tenían. Pero al final el chico enfiló una calle que había reconocido y tras recorrer unos cincuenta metros se detuvo delante del hotel. Apagó el motor, bajó la ventanilla y encendió un cigarrillo. Se quedó unos instantes en silencio.

Ni siquiera estoy seguro de que sea mío, dijo en un momento dado. El niño, añadió.

¿Por qué?

¿Cómo que por qué? ¿Tú has visto qué clase de chica es?

Es guapa.

Está loca.

Pero de una forma bonita, dijo el hombre, luego empezó a toser por lo que se le había roto dentro del pecho.

El muchacho lo dejó toser, luego le preguntó si tenía hijos.

Más o menos, respondió el hombre.

No quiero un hijo que no sea mío, dijo el muchacho.

Luego no se dijeron nada más hasta que el chico le dijo Bájate, y lo dijo como si ya nada le importara un carajo.

El hombre abrió la portezuela y dijo Lo siento.

Desaparece, dijo el muchacho. No esperó siquiera a que el hombre hubiera acabado de bajar, se estiró para cerrar la puerta y salió a toda pastilla.

El hombre se quedó allí, delante del hotel. Miró a su alrededor y se sorprendió al ver una luz que aún sabía a amanecer, porque en realidad le parecía que habían pasado horas desde que se marchara con la joven. No se movió porque el dolor lo estaba destrozando, pero también porque tenía la vaga impresión de que se había olvidado de algo. Acudieron a su cabeza las toallas. Se las imaginó allí, por el suelo, en la parada del autobús. Las vio blancas, planchadas, allí en el suelo, y por un

instante pensó que había sido algo bueno que el muchacho lo golpeará sin hacer que sangrara. No le habrían gustado las toallas blancas sucias de sangre. Y en cambio ahora podía imaginárselas limpias, e injustificadas, ante la mirada curiosa de la gente.

Alguien las recogerá y se las llevará a casa, pensó.

Tres

El chiquillo se había echado en la cama sin quitarse siquiera los zapatos, y hacía un rato que se revolvía encima de las mantas, durmiéndose de tanto en tanto, aunque no con un sueño de verdad. Sentada en una silla, en un rincón de la habitación, una mujer lo observaba intentando librarse de la molesta sensación de que no estaban obrando de la forma apropiada. Ni siquiera se había sacado el chaquetón porque en aquel hotel deprimente también la calefacción era un asco. Como la mugrienta moqueta y los puzles enmarcados en las paredes. Sólo los idiotas de sus jefes podían pensar que era una buena idea llevar allí a un chiquillo de trece años, después de lo que había ocurrido aquella noche. La estupidez de los policías. Y todo porque no habían conseguido localizar ni siquiera a un familiar con quien llevarlo. Únicamente habían encontrado a un tío, quien a pesar de todo no tenía intención alguna de desplazarse desde donde estaba, unas obras en el norte, en el culo del mundo. De manera que ahora se encontraba haciendo de niñera del chiquillo, en aquel hotel del carajo, y por la mañana ya decidirían qué hacer. Pero el chiquillo se agitaba, sobre las mantas, y la mujer era incapaz de digerir aquel abandono, y la tristeza de todo aquello. Ningún crío se merecía aquella mierda. Se levantó y se acercó a la cama. Hace frío, dijo, métete debajo de las mantas. El chiquillo hizo un gesto negativo con la cabeza. Ni siquiera abrió los ojos. Antes habían charlado un rato, ella había incluso logrado hacer que se riera. Tú imagínate que soy tu abuela, le había dicho. No eres tan vieja, le había dicho él. Me conservo bien, había dicho la mujer, que tenía cincuenta y seis años y, en realidad, se los notaba todos encima. Luego había intentado hacer que se durmiera, y ahora estaba allí, convencida de que todo era un error.

Se fue al lavabo a refrescarse la cara, porque tenía la intención de permanecer despierta. Y allí se le ocurrió una idea idiota que, no obstante, hizo que se sintiera inmediatamente mejor. Le fue dando vueltas en la cabeza y se dio cuenta de que hacía aguas por todas partes, pero le gustó también debido a lo insensata y delicada que era. Volvió a sentarse en aquella silla sin dejar de pensar, y como el chiquillo seguía removiéndose en la cama, en un momento dado dijo en voz baja A tomar por culo, se levantó, cogió su bolso y encendió las luces de la habitación. El chiquillo abrió los ojos y se dio la vuelta. Nos vamos de aquí, dijo la mujer. Coge tus cosas porque nos vamos de aquí. El chiquillo puso los pies en el suelo y miró a su alrededor. ¿Adónde?, preguntó. A un sitio mejor, dijo la mujer.

Salieron del hotel y se subieron a un viejo Honda, aparcado en la parte trasera. No llevaba los distintivos de la policía y no parecía estar en muy buen estado. Era un destartalado vehículo de servicio que en la comisaría sólo utilizaba ella. Le había cogido cariño. Cargó las cosas en el maletero, hizo subir al chiquillo y se puso al volante. Tú échate e intenta dormir, le dijo al chiquillo. Luego salió lentamente del aparcamiento, comprobando que no hubiera coches de la policía en las

inmediaciones. Se relajó un poco sólo cuando enfilaron la carretera que salía de la ciudad. El chiquillo no hacía preguntas, y parecía sentir más curiosidad por la radio instalada en el salpicadero que por el motivo de aquel traslado en la noche. Una vez en el campo, ya no quedaba nada que ver por las ventanillas, pues todo acababa devorado por la oscuridad. Mientras la mujer conducía silenciosa, el chiquillo se acurrucó en el asiento y cerró los ojos. Duerme, dijo la mujer.

Condujo una buena hora, intentando concentrarse en la carretera, porque nunca le había gustado conducir y tenía miedo de dormirse. No había tráfico: a aquellas horas de la noche uno se cruzaba como mucho con algún camión insomne. Pero para la mujer resultaba difícil de todas formas, porque no estaba acostumbrada a esa clase de cosas y toda aquella oscuridad la ponía nerviosa. De manera que se alegró cuando vio que el chiquillo se levantaba y miraba a su alrededor, mientras se desperezaba como cualquier otro chiquillo, un chiquillo al que no le hubiera pasado lo que le había pasado a él. A la mujer le pareció que las cosas iban algo mejor.

Buenos días, señorito, dijo.

¿Dónde estamos?

Casi hemos llegado. ¿Quieres un poco de agua?

No.

También debe de haber alguna lata debajo del asiento.

No, no, estoy bien.

Te acuerdas de quién soy, ¿verdad?

Sí.

Detective Pearson.

Sí.

Lo único que tienes que hacer es relajarte, del resto me encargo yo. ¿Te fías de mí?

¿Dónde está mi chaquetón?

Está todo en el maletero. Lo he cogido todo.

¿Por qué no nos quedamos allí?

Aquello era un hotel horrible. No era una buena idea quedarse allí.

Yo quiero volver a casa.

Malcolm..., te llamas Malcolm, ¿verdad?

Sí.

Lo de volver a casa tampoco es una buena idea, Malcolm, créeme.

Quiero ver mi casa.

Ya la verás. Pero no esta noche.

¿Por qué?

No es necesario hablar ahora del tema.

¿Por qué?

Podemos hablar de otras cosas.

¿Por ejemplo?

De fútbol, de coches. O puedes hacerme las preguntas que quieras.

¿Quién eres?

Un detective, ya lo sabes.

¿Un detective *mujer*?

No está prohibido, ¿sabes?

Sí, pero... ¿cómo se te ocurrió eso?

Ah, eso... En un momento dado lo cambié todo y se me metió esa idea en la cabeza. Quería empezar desde cero. Estaba saliendo con un policía. Había un examen y lo aprobé.

¿Difícil?

Chorradas.

¿Disparar también?

Eso también.

¿Has disparado alguna vez luego?

Al principio. Pero yo no era de los que le encuentran gusto a eso. Me gustaban más otro tipo de cosas.

¿Por ejemplo?

Entender. Me gustaba entender. Y luego me gustaban los delincuentes. Los locos. Me gustaba entenderlos. En un momento determinado me puse a estudiar. Es lo único que *casi* terminé. Me utilizaban para eso, en la policía.

¿A qué te refieres con eso?

Cuando necesitaban entender la cabeza de los delincuentes o de los locos. Dejé de disparar y durante una buena temporada me utilizaron para otras cosas, para las que no se requerían pistolas. Era el tipo de policía al que envían a las cornisas para los que están a punto de lanzarse al vacío, ¿sabes a lo que me refiero?

Sí.

Me llamaban cuando había que leer las cartas de algún perturbado.

Qué guay.

Se me daba bien, por entonces.

¿Por qué siempre dices *se me daba*?

¿Eso digo?

Hacía eso, *hacía* lo otro..., ¿ya no eres policía?

Serlo, lo soy, pero hace ya tiempo que dejé de hacer las cosas bien.

¿Quién dice eso?

Lo digo yo.

¿Por qué?

Perdóname un momento... 3471, detective Pearson... Sí, el chico está conmigo...

Lo sé... Lo sé perfectamente... No era una buena idea... Ya sé cuáles eran las órdenes, pero no era una buena idea, ¿te parece una buena idea tener a un chiquillo toda la noche en esa mierda de hotel después de lo que le ha ocurrido?, ¿es a eso a lo que tú llamarías una buena idea? Lo sé... Vale, ¿sabes qué puedes hacer con tu protocolo?... Haced lo que os dé la gana, ya sabes lo poco que me importa... Está aquí, conmigo, ya te lo he dicho... No, no te lo voy a decir, pero es el lugar apropiado para él... Puedes hacer todos los informes que quieras, luego también los haré yo... qué secuestro, pero qué carajo estás diciendo, sólo lo estoy llevando... No, no voy a regresar, dejémoslo aquí. Haz lo que quieras... Ya sabes por dónde me lo paso... Anda y que te den por culo, Stoner, corto y cierro.

Perdóname, señorito.

No pasa nada.

Perdóname por las palabrotas.

No pasa nada.

No pueden hacerme nada.

¿No?

Cuatro días más y se acabó. Devuelvo la placa y me jubilo. No pueden hacerme nada. Seguro que tú eres mi último trabajo, quiero hacerlo bien, y a mi manera.

¿Se jubilan los policías?

Eso si no los fríen antes.

¿Los fríen?

Los matan.

Ah.

Mira, vamos a hacer una cosa, pulsa esa tecla, la primera de la izquierda, y apaga esa radio. Así no nos fastidian más.

¿Ésta?

Sí. Muy bien.

¿También hay sirena?

Sí, pero está rota. Pero llevo la luz azul, si quieres.

¿Esa luz azul que gira en el techo?

Sí. Tendría que estar debajo del asiento. Con las latas.

Me gustaría.

Venga. Sácala.

¿Es ésta?

Abre la ventanilla y colócala sobre el techo.

¿No saldrá volando?

Espero que no. Debería ser magnética. Pero hace ya tiempo que no la utilizo.

Hecho.

Levanta esa ventanilla, entra un frío de mil demonios. Ok, encendamos. *Voilà*.

Chulo, ¿verdad?

Es la luz de verdad de la policía.

¿Te gusta?

No lo sé.

¿Ocurre algo?

Había un montón de luces de éstas delante de casa.

Si no te gusta la quitamos.

No lo sé.

No te gusta, señorito, quitémosla.

Había la gran luz del fuego y luego fueron llegando todas aquellas luces.

Quítala, venga.

Perdona.

¿Por qué? Tienes razón, son luces horribles.

¿Dónde la pongo?

Tírala ahí, pero sube esa ventanilla.

Estaban todas aquellas caras que no había visto nunca, y encima de ellas giraba esa luz azul. Luego estaba aquel olor.

Hablemos de otra cosa, venga.

No.

Cuando lleguemos hablaremos un poco, si quieres.

No, ahora.

No estoy segura de que sea una buena idea.

¿Le prendió fuego alguien?

No lo sabemos.

Una casa no arde sola.

Puede ocurrir. Un cortocircuito, una estufa que se ha quedado encendida.

Alguien le prendió fuego. ¿Fueron los amigos de mi padre?

No lo sé. Aunque si es así, lo descubriremos.

¿Vas a descubrirlo tú?

Yo me jubilo ya, Malcolm. Se ocupará de ello el capullo de Stoner. Es un capullo, pero trabaja bien.

Tienes que decirle que nuestra casa no se quemó sola.

De acuerdo.

La quemaron ellos.

De acuerdo.

El fuego surgió de repente por todas partes. Yo lo vi.

De acuerdo.

Mis padres estaban discutiendo. Cuando discuten, yo me voy.

Sí, es un buen sistema, yo también lo utilizaba.

Estaba dando saltos desde la acera, con la bici, delante de casa. Luego surgió aquel fuego. Dejé la bicicleta allí y me acerqué. Miré por la ventana grande...

...

...

...

Era algo raro, no huían.

¿Quiénes?

Mi padre y mi madre. No hacían nada para huir de allí. Mi padre estaba sentado a la mesa, con su botella de vino, y la pistola colocada allí cerca, como siempre. Mi madre había salido de la cocina y estaba de pie delante de él. Y gritaban. Pero no...

Ok, ahora hablemos de otra cosa, Malcolm.

No.

Malcolm...

Se gritaban *el uno contra el otro*. Se lanzaban gritos. Y mientras tanto todo ardía.

Ok.

No habrían muerto si en vez de estar gritándose hubieran huido de allí. ¿Por qué no lo hicieron?

No lo sé, Malcolm.

Por eso no conseguía moverme. Los miraba. No conseguía moverme. Empezó a arder todo, y entonces empecé a caminar hacia atrás. Me detenía donde ya no ardía. Pero no podía dejar de mirar.

Pásame una lata, Malcolm.

Un momento. ¿Me van a preguntar por qué no entré a salvarlos?

No, no te lo van a preguntar.

Diles que fue porque veía aquello.

De acuerdo.

A mi padre no, pero a mi madre la vi como si fuera una antorcha, en un momento dado se encendió, pero ni siquiera en ese instante huyó, estaba allí como si fuera una antorcha.

Entonces la mujer levantó una mano del volante y la apoyó sobre una de las manos del chiquillo. Apretó con fuerza. Aminoró un poco porque conducía pocas veces y no se sentía segura, no le gustaba conducir con una sola mano. En la oscuridad, por aquella carretera en la nada. Pero mantuvo la mano apretada sobre la del chiquillo, procurando no dar bandazos —quería decirle que lo dejara, pero también que si quería proseguir ella seguiría cogiéndolo de la mano. Él añadió que al final ya no quedó nada de la casa, y le preguntó cómo era posible que de una casa no quedara nada, después de que se prendiera fuego, en la oscuridad de la noche. La mujer sabía que la respuesta exacta era que, de aquella casa, permanecerían un montón de cosas para siempre y que él iba a emplear toda una vida para quitársela de

la cabeza, pero en cambio respondió que sí, que era posible, cuando una casa era de madera podía quedar reducida a un montón de cenizas, por muy raro que pudiera parecer, si una noche el fuego decidía devorarla, al encenderse el hogar en el salón durante la noche. Todo echaba humo, dijo él. Seguirá echando humo mucho tiempo, pensó ella. Y se preguntó si existe una posibilidad, una sola, de volver a mirar a lo lejos cuando delante siempre tenemos, todos, alguna ruina echando humo, y aquel chiquillo más que ningún otro. Conduzco de pena con una sola mano, dijo. El chiquillo le cogió la mano y se la colocó en el volante. Me las apaño, dijo. Luego se quedaron callados largo rato. Estaban en aquella carretera que llevaba hacia el este, sin girar nunca, o haciéndolo muy poco, para sortear algún bosque. A la luz de los faros iba descubriéndose poco a poco, como un secreto de no mucha importancia. De tanto en tanto se cruzaban con algún coche, pero no lo miraban nunca. El chiquillo cogió una lata, la abrió, se la tendió a la mujer, luego se acordó de la historia de conducir con una sola mano, de manera que se la acercó a los labios y entonces ella se echó a reír, y dijo que así no, que no podía —no podía hacer un montón de cosas de ese tipo, dijo. Sabes conducir por la noche, dijo el chiquillo. Esta vez sí, dijo la mujer.

Pero lo hago sólo por ti, añadió.

Gracias.

Lo hago de buena gana. Hacía un montón de tiempo que no hacía algo de buena gana.

¿De verdad?

Tan de buena gana, quiero decir.

Eres rara, no pareces un policía.

¿Por qué?

Estás gorda.

El mundo está lleno de policías gordos.

No vas vestida de policía.

No.

Y este coche da asco.

Eh, señorito, estás hablando de un Honda Civic propiedad de la policía de Birmingham.

Por dentro. Por dentro da asco.

Ah, es eso.

Sí, es eso.

En la central lavan los coches cada mañana, pero el mío no, el mío no quiero.

Te gusta así.

Sí.

Hay palomitas por todas partes.

Me encantan las palomitas. No es fácil comerlas mientras conduces.

Lo entiendo.

Y, además, ahora me ves así, pero yo era una mujer de bandera, ¿sabes?

Yo no he dicho que seas fea.

En efecto. Soy guapísima. Y aún lo era más. No es por nada, pero mis tetas son famosas en todas las comisarías de las Midlands.

Ostras.

Estoy bromeando.

Ah.

Pero es verdad, era una mujer hermosa, era una chica guapísima y luego fui una mujer muy atractiva. Ahora es otra cosa.

¿O sea?

Ya no me importa.

No lo creo.

Lo sé, uno no lo cree si no le sucede. Como un montón de cosas más.

¿Tienes marido?

No.

¿Hijos?

Tengo uno, pero no lo veo desde hace años. No se me daba bien hacer de madre. Así fueron las cosas.

Se te daba bien hacer de policía.

Sí, durante un tiempo se me dio bien.

Luego te pusiste gorda.

Digámoslo así.

Lo he entendido.

No estoy muy segura, pero dejémoslo así.

No, de verdad, lo he entendido.

¿Qué has entendido?

Eres como mis padres, que cuando se caló fuego no huyeron. ¿Por qué os pasan estas cosas?

Oye, oye, ¿de qué estás hablando?

No lo sé.

Y una mierda me iba yo a quedar achicharrándome en aquella casa, créeme.

...

Perdóname, no quería decir eso.

No pasa nada.

Quería decir que yo siempre he huido cuando la casa se quemaba, lo juro, he huido un montón de veces, no he hecho otra cosa que huir. No se trata de eso.

Entonces, ¿de qué se trata?

Oye, oye, cuántas preguntas.

Era sólo por saber.

Entonces búscame unas palomitas, debería haber en el asiento de atrás.

¿Aquí?

Sí, por ahí. Un paquete familiar ya abierto.

No hay nada.

Mira por el suelo, se habrá caído.

¿Aquí abajo?

¿Y qué demonios es eso?

Pero no hablaba de las palomitas. Estaba viendo por el espejo retrovisor algo que no le gustaba. Demonios, dijo otra vez. Entrecerró un poco los ojos para ver bien. Se veía un coche, lejos, detrás de ellos, y por la luz azul, sobre el techo, tenía todo el aspecto de ser un vehículo de la policía. Ese capullo de Stoner, pensó la mujer. Luego, instintivamente, pisó el acelerador y se inclinó un poco sobre el volante, murmurando algo. El chiquillo se dio la vuelta y vio el coche con la luz azul, lejana en la oscuridad. No llevaba la sirena, sólo aquella luz azul. Echó una ojeada a la mujer y la vio concentrada en la conducción, agarrando el volante con las manos. Leía la carretera con los ojos un poco entrecerrados, echando de tanto en tanto un vistazo al retrovisor. El chiquillo se dio la vuelta otra vez y le pareció que el coche, allá detrás, estaba más cerca. No te vuelvas, le dijo la mujer, que da mala suerte. Añadió que cuando te están persiguiendo, no tienes que distraerte fijándote en el perseguidor, sino que tienes que concentrarte en tus decisiones, mantener la lucidez y saber que si das el máximo no van a conseguir pillarte. Hablaba para relajarse y porque lentamente había empezado a disminuir la marcha, cansada. Si en cambio eres tú quien persigue, lo que tienes que hacer es repetir todo lo que hace el otro, sin detenerte a pensar: pensar hace perder el tiempo, solamente tienes que repetir lo que está haciendo él y cuando lo tienes a tiro, separarte de su cerebro y hacer tu elección. Nueve de cada diez veces funciona, dijo. Eso siempre que no lleves un cacharro como éste debajo del culo, eso es obvio. Miró por el espejo retrovisor y vio el coche de policía dirigiéndose impasible hacia ellos, como una bola hacia la tronera. A saber cómo me habrá localizado, el muy capullo, dijo. Ya te he dicho que trabajaba bien, dijo. Esconde las latas, dijo. ¿Qué latas? La cerveza, dijo ella. El chiquillo miró a su alrededor, pero lo cierto es que no había latas. Tal vez estuvieran rodando por debajo de los asientos, en medio de las palomitas y todas aquellas cosas increíbles, como por ejemplo la caja de un secador del pelo, un póster enrollado, dos botas de pescar. No hay cervezas, dijo. Bien, dijo la mujer, y luego dijo que sería mejor que se tendiera en el asiento y fingiera estar dormido. Se le había ocurrido que eso impediría que Stoner gritara. Sería mejor que evitaran gritar. Hablando con calma del asunto a lo mejor lo convencía. Levantó los ojos hacia el espejo retrovisor y vio que para entonces la luz

azul destellaba a una cincuentena de metros de ellos. Ya no soy capaz de planear algo y que me salga bien, pensó. Y fue presa de esa angustia que la ahogaba de noche, en las horas insomnes, cuando todas las teselas de su vida le pasaban por la mente y no había ni una en la que no hubiera escrito un final mezquino, insoslayable. Levantó un poco el pie del acelerador y el coche que iba detrás se le echó encima. El chiquillo había cerrado los ojos, las luces azules bajo los párpados, cada vez más cerca. El coche de policía puso el intermitente y con lentitud empezó a ponerse a su lado. La mujer dijo que tenía que permanecer calmada, y pensó en las primeras palabras que iba a decir. Déjame hacer mi trabajo, diría. El vehículo se colocó a su lado, ella se dio la vuelta. Pudo entrever un rostro que no conocía, un policía joven. Parecía bastante guapito. La observó un instante y luego levantó el pulgar para preguntarle si todo iba bien. Ella sonrió e hizo el mismo gesto. El vehículo aceleró y cuando estuvo a una veintena de metros se situó de nuevo en su carril. Empezó a alejarse lentamente. La mujer sabía con exactitud qué estaba ocurriendo en ese coche. Uno de los dos estaría diciendo algo sobre la rareza de algunas mujeres que salen de noche por ahí para conducir. El otro no diría nada y esto significaba que no iban a detenerse, no había razón para hacerlo. Si quiere conducir de noche, que lo haga, diría tal vez. Vio cómo se alejaban y siguió conduciendo de la forma más disciplinada posible, para que la olvidaran. Pensó que lo había logrado cuando los vio desaparecer tras una de las escasas curvas, y entonces aferró el volante con las manos, porque sabía cómo funcionaba y no iba a sorprenderse si los encontraba parados, a un lado de la carretera, esperándola tras la curva. Echó una ojeada al chiquillo. Estaba con los ojos cerrados, inmóvil, con la cabeza apoyada a un lado del asiento. No le dijo nada y entró en la curva. Venga, dijo en voz baja. Vio la carretera perdiéndose en la oscuridad y la luz azul destellando a lo lejos. Aminoró un poco y siguió conduciendo hasta que vio una explanada que se abría a un lado de la carretera. Fue frenando y llevó el coche hasta la explanada, deteniéndose con el motor encendido. Soltó los dedos del volante. A tomar por culo, pensó. Joder, qué palpitaciones, pensó, a estas alturas cualquier cosa me asusta. Apoyó la frente sobre el volante y empezó a llorar, en silencio. El chiquillo abrió los ojos y la miró, sin moverse. No estaba seguro de cómo había acabado la cosa. Miró hacia la carretera pero no había luces azules alrededor, sólo la oscuridad de antes y nada más. Y pese a todo aquella mujer estaba llorando y, es más, ahora estaba sollozando, golpeando rítmicamente el volante con la frente, pero despacio, sin hacerse daño. No dejó de hacerlo durante un buen rato y el chiquillo no se atrevió a hacer nada, hasta que ella levantó la frente de golpe, se secó los ojos con la manga del chaquetón, se volvió hacia él y con una voz más bien alegre dijo Era necesario. El chiquillo sonrió.

Algo que tienes que aprender, Malcolm, es que..., te llamas Malcolm, ¿verdad?

Sí.

Pues bien, algo que tienes que saber, Malcolm, es que cuando uno necesita llorar tiene que hacerlo, es inútil quedarse dándole vueltas y más vueltas sin decidirse.

Sí.

Después todo va mejor.

Sí.

¿Tienes un pañuelo?

No.

Yo tenía, en alguna parte... ¿Todo bien?

Sí.

Podemos continuar, ¿qué te parece?

Por mí está bien.

Por mí también. Entonces vamos.

¿Sabemos adónde nos dirigimos?

Claro.

¿Adónde?

Siempre recto, hasta el mar.

¿Estamos yendo *al mar*?

Hay un amigo mío allí. Te encontrarás bien.

Yo no quiero ir a casa de tu amigo, yo quiero quedarme contigo.

Él es mucho mejor. Cuando uno está cerca de él no puede pasarle nada.

¿Por qué?

No sé por qué. Pero es así.

¿Es viejo?

Es como yo. Dos años más. Pero no es viejo, es alguien que nunca se hará viejo. Será como estar con otro niño, ya verás.

Yo no quiero estar con otro niño. Yo nunca estoy con otros niños.

Vale, vale, te digo que todo saldrá bien, ¿te fías de mí?

¿Quién es?

Un amigo mío, ya te lo he dicho.

¿Amigo en qué sentido?

Madre mía, ¿qué quieres saber?

¿Por qué él?

Porque yo sólo conozco lugares miserables, y en cambio donde está él es hermoso, y tú necesitas estar en un lugar hermoso.

¿Es hermoso porque está cerca del mar?

No, es hermoso porque está él.

¿Qué quieres decir?

Oh, por Dios, no hagas que te lo explique todo, no puedo explicártelo.

Inténtalo.

¿Será posible?

Venga.

Yo qué sé, es el único lugar que se me ha ocurrido, tú estabas allí, en aquella cama horrorosa, en aquella habitación terrorífica y lo único que se me ha ocurrido es que no podíamos dejarte allí, así que me he preguntado si existía un lugar al que llevarte que fuera el lugar más bello del mundo, y la verdad es que no conozco lugares más bellos del mundo, no tengo ni siquiera uno guardado, bueno, aparte de uno, o tal vez dos, contando los jardines de Barrington Court, no sé si los has visto alguna vez; pero aparte de éstos, que quedan muy lejos, yo sólo conozco un único lugar más bello del mundo porque estuve allí y sé que, precisamente, se trata del lugar más bello del mundo, de manera que he pensado que podría llevarte allí, bastaría con que fuera capaz de conducir durante horas de noche, que es algo que odio hacer y que me angustia sólo de pensarlo, pero mirándote bien mientras intentabas dormir he decidido que iba a ser capaz de hacerlo y por eso te he levantado y te he metido en el coche, decidiendo que iba a ser capaz de llevarte hasta él, porque las cosas que hay a su alrededor, y el modo que tiene de tocarlas y de hablar de ellas, son el lugar más bello del mundo, el único que tengo. ¿He de volver a repetirlo colocando bien las frases una detrás de otra?

No, lo he entendido.

Bien.

Si eso es tan hermoso, ¿por qué no vives allí?

Vale, hombre, otra vez volvemos con el interrogatorio. Tú tendrías un gran futuro en la policía, ¿sabes?

Dime sólo una cosa, ¿por qué no vives allí, si él es... si eso es tan hermoso?

Es una historia de mayores, déjalo estar.

Dime sólo el principio.

¿El principio?, ¿qué principio?

Cómo empieza la historia.

Caramba, qué buen tipo eres.

Por favor.

Pues nada, es la historia de siempre, es el hombre de mi vida y yo soy la mujer de su vida, eso es todo, lo que ocurre es que nunca hemos sido capaces de vivir juntos, ¿contento?

Gracias.

No hay que pensar que es obvio que si uno ama a alguien de verdad, y mucho, además, lo mejor que se puede hacer juntos es *vivir*.

¿No?

No es tan obvio.

Ah.

Ya te advertí que era cosa de mayores.

Sí, me lo has advertido.

Te gustará. Él. Te gustará.

Tal vez.

Ya lo verás.

¿A qué se dedica?

Barcas. Pequeñas barcas de madera. Las hace una a una, se pasa todo el tiempo pensando en sus barcas. Son hermosas.

¿Las hace todas él?

De cabo a rabo, todas él.

¿Y luego?

Las vende. De vez en cuando las regala. Está loco.

¿A ti te regaló alguna?

¿A mí? No. Pero una vez hizo una con mi nombre. Lo escribió en once lugares ocultos, y nadie lo sabrá nunca, salvo yo.

Y yo.

Y tú, ahora.

Qué bonito.

Me lo prometió, así que lo hizo.

Qué bonito.

Sí. Dios Santo, de vez en cuando pienso en quién será el capullo que tendrá ahora esa barca, y ya no me siento tan segura de que sea una historia tan bonita.

No sabes dónde está tu barca.

No.

Pregúntaselo.

¿A él?

Sí.

Ya ves tú. No quiero saber nada, ni de él ni de sus barcas: cuanto menos sé al respecto, mejor estoy.

Se lo voy a preguntar yo, entonces.

Ni se te ocurra.

¿Le has dicho qué me ha pasado?

¿A él? No.

¿No sabe nada?

Si se trata de eso, ni siquiera sabe que estamos a punto de llegar a su casa.

No se lo has dicho.

No. No me apetecía llamarle por teléfono. Hace un montón de tiempo que no le llamo.

Pero perdona...

Es más, para ser sinceros, hace un montón de tiempo que no lo veo.

¿Cuánto tiempo?

No lo sé. Dos, tres años. No se me dan bien las fechas.

¿*Dos o tres años?*

Algo así.

¿Y ni siquiera le has avisado de que estás yendo a su casa?

No lo hago nunca. Llego hasta allí y llamo, todas las veces que lo he hecho he llegado allí y he llamado. También él, en cierta ocasión, vino hasta mi casa y llamó. No nos gusta telefonear.

A lo mejor ni siquiera está en casa.

Es posible.

¿Y qué vamos a hacer nosotros si no está?

Mira qué maravilla.

¿El qué?

La luz, allí al fondo. Se llama amanecer, es luz.

Amanecer.

Exactamente así. Lo hemos conseguido, señorito.

Y, en efecto, desde el horizonte se había levantado una luz cristalina que iba reencendiendo las cosas y que ponía de nuevo el tiempo en movimiento. Tal vez fuera el reflejo sobre el mar, pero había algo metálico en el aire que no todos los amaneceres tienen, y la mujer pensó que la ayudaría a permanecer lúcida, y calmada. No era cuestión de decírselo al chiquillo, pero lo cierto es que le provocaba ansiedad regresar allí, después de tanto tiempo. Además, sabía que no tenía ningún otro plan, en el caso de que fallara aquél, cosa que podía suceder perfectamente. Quizá él no se encontraba allí. Quizá estaba con una mujer, o a saber con quién. Había un montón de formas en que aquel asunto podía acabar torciéndose. Sin embargo ella se había imaginado la forma en que podía, en cambio, salir a la perfección, y sabía que en tal caso no habría podido inventarse nada mejor para aquel chiquillo, sobre eso no tenía ninguna duda. Se trataba sólo de seguir siendo optimistas. Aquella luz la ayudaba. De manera que se echó a reír, con el chiquillo, explicándole ciertas historias suyas, de cuando era pequeña. Hasta incluso encontraron, en un momento dado, las palomitas. Conducir resultaba ahora más fácil, y ni siquiera el hecho de llevar horas al volante representaba ya una carga para ella. Llegaron hasta el cartel de entrada de la ciudad sin darse cuenta siquiera. La mujer detuvo el coche y se bajó para estirar un poco las piernas. También el chiquillo se bajó. Dijo que la ciudad tenía un bonito nombre. Luego dijo que tenía que hacer pis y se adentró por el prado. La mujer lo vio pequeño, en medio de aquel horizonte de hierba y casas lejanas, y sintió una punzada que no pudo entender, tan difícil resultaba separar el sabor de la añoranza de la hermosa sensación de haber hecho algo bueno. Tal vez no eres, en definitiva, ese

fracaso que crees ser, se dijo. Y por un instante sintió que le subía el límpido descaro que tenía de joven, cuando sabía que no era ni peor ni mejor que tanta gente, sino únicamente distinta, de una manera preciosa e inevitable. Era cuando todo le daba miedo pero aún no le tenía miedo a nada. Ahora que había pasado tanto tiempo, una especie de inquieto cansancio se había adueñado un poco de todo, y la nitidez de aquel sentir se había vuelto muy rara. La reencontró allí, en la cuneta de la carretera, delante de un letrero que pronunciaba un nombre, aquel nombre, y deseó intensamente que no se fuera enseguida. Deseó fortísimamente que la acompañara hasta la casa de aquel hombre, porque entonces el hombre se la leería en los ojos y de nuevo pensaría otra vez hasta qué punto era ella única, y hermosa, e irrepetible. Se volvió porque el chiquillo le estaba gritando algo. No lo entendió muy bien, pero él le señaló el horizonte y entonces ella se fijó bien y lo que vio fue un camión, recortado en aquella luz de amanecer metálico, que transportaba una barca, por entre los prados, una barca blanca y grande que ahora parecía enfilarse un rumbo absurdo en medio del maizal, las velas arriadas y el timón hacia las colinas. Vámonos, le gritó al chiquillo. Miró la hora y pensó que quizá fuera un poco pronto para dejarse caer por allí, por sorpresa, pero en cuanto el chiquillo llegó, subió al coche y puso el motor en marcha, porque tenía en sí una fuerza determinada que no sabía cuánto le iba a durar. No importaba si lo despertaban, pensó, no era de los que se cabrean. Tampoco importaba siquiera si lo encontraba con una mujer, en ese momento le pareció que no le importaría gran cosa. Era así, mucho tiempo atrás, de joven.

Atravesaron el centro de la pequeña ciudad y luego tomaron una carretera sin asfaltar que llevaba hasta el mar. Entraron en una pequeña explanada en medio de las casas bajitas de colores, y se movieron con lentitud por entre esqueletos de barcas y motores. Se detuvieron delante de una casa de una planta, pintada de rojo y blanco. La mujer apagó el motor. Vamos, dijo. Pero no se movió. El chiquillo la miraba sin saber muy bien qué hacer. Ella le desordenó con una caricia el pelo negro y le dijo que todo iba a salir bien. Se lo estaba diciendo a sí misma, y el chico lo comprendió. Sí, dijo.

En la puerta había una pequeña campana de bronce, de esas que suele haber en las barcas, y la mujer tiró de la cadenita y la hizo sonar unas cuantas veces. Tenía un sonido bonito, cristalino. Durante un tiempo no ocurrió nada, luego se abrió la puerta.

El hombre iba en camiseta y bóxers, los pies desnudos. Algo de pelo desordenado y gris en la cabeza.

Hola, Jonathan, dijo la mujer.

Tú, dijo simplemente el hombre, como si respondiera a una pregunta. Luego se volvió para mirar al chiquillo. Lo hizo entrecerrando un poco los ojos, porque no se había acostumbrado aún a la luz de la mañana.

Éste es Malcolm, dijo la mujer.

El hombre se quedó unos instantes estudiándolo. Luego volvió a mirar a la mujer. ¿Es mío?, preguntó.

La mujer no lo entendió bien de inmediato.

¿Es un hijo mío, por casualidad?, dijo el hombre, tranquilo.

La mujer se echó a reír.

¿Pero qué coño dices?, es un chiquillo y ya está, ¿te parece que iba a esconderte durante trece años un hijo tuyo?

Eres perfectamente capaz, dijo el hombre, pero seguía tranquilo. Luego dio un paso hacia el chiquillo y le tendió la mano. Hola, Mark, dijo. Eres pequeño para ir por ahí con mujeres tan guapas, dijo. Ándate con ojo, añadió.

Malcolm, no Mark, dijo la mujer.

Luego entraron en casa y el hombre se puso a preparar un desayuno. Había una única habitación grande, llena de objetos, que servía como cocina y como salón. En alguna otra parte habría una alcoba. La mujer sabía dónde se encontraban las cosas, y se puso a poner la mesa. Lo que se había imaginado era exactamente eso: hacer que el chiquillo tomara un desayuno en una mesa bien puesta. Mientras tanto contó algo de la historia, pero no toda. El hombre escuchaba sin interrumpir y de vez en cuando le daba al chiquillo algo que hacer, como si no estuvieran hablando de él. Tendrías que quedártelo aquí unos días, dijo al final la mujer, sólo el tiempo necesario para que pueda llegar su tío desde el norte. Algunos días, repitió. Claro, dijo el hombre. Había un delicioso aroma a French toast.

Sólo cuando hubieron acabado y colocado las cosas en su sitio la mujer dijo que tenía que marcharse sin falta. Fue hasta el coche a coger las cosas del chiquillo, el chaquetón y lo demás, y volvió para dejarlo todo sobre el sofá, en casa. Al chiquillo simplemente le estrechó la mano, porque era un detective, y le dio algún consejo que lo hizo sonreír. Luego le señaló al hombre con un pequeño gesto de la cabeza.

A ver si le puedes echar una ojeada, de tanto en tanto, dijo en voz baja. Puede montar unos desastres que ni te imaginas.

Del hombre se despidió sin decir nada, un beso en los labios. Apenas un poco largo —y cerrando los ojos, él.

Se subió al coche, sacudiendo con la mano, antes, las palomitas que había en el asiento. Se abrochó el cinturón de seguridad, pero luego se quedó allí, sin encender el motor. Miraba aquella casa, ante ella, y pensaba en la misteriosa permanencia de las cosas en la corriente nunca quieta de la vida. Pensaba que, viviendo con ellas, uno acaba dejando siempre algo como una ligera mano de pintura, el tinte de ciertas emociones destinadas a decolorarse, bajo el sol, en recuerdos. Pensaba también que tendría que poner gasolina y que hacer de vuelta toda aquella carretera, a solas, iba a ser un coñazo. Al menos no está oscuro, se dijo. Luego vio abrirse la puerta de la casa y al hombre saliendo, aún con la camiseta y los pies desnudos, acercándose con pasos

lentos hacia ella. Se detuvo al lado de la portezuela. La mujer giró la manivela y bajó la ventanilla, aunque no completamente. Él apoyó una mano encima.

Hay el viento apropiado, dijo. A lo mejor podríamos salir a la bahía.

La mujer no dijo nada. Permanecía con la vista clavada en la casa.

Te marchas esta noche, qué más te da, dijo el hombre.

Entonces la mujer se volvió hacia el hombre y vio el mismo rostro de tantas otras veces, los dientes torcidos, los ojos claros, los labios de chiquillo, aquel pelo esparcido por la cabeza. Tardó un poco en decir algo. Pensaba en la misteriosa permanencia del amor, en la corriente nunca quieta de la vida.



ALESSANDRO BARICCO (Turín, Italia, 1958). Es autor de las novelas *Tierras de cristal* (Premio Selezione Campiello y Prix Médicis Étranger), *Océano mar* (Premio Viareggio), *Seda*, *City*, *Sin sangre*, *Esta historia*, *Emaús*, *Mr Gwyn*, así como *Tres veces al amanecer*, al igual que el monólogo teatral *Novecento*, la majestuosa reescritura de *Homero, Ilíada* y los ensayos recogidos en *Next (Sobre la globalización y el mundo que viene)* y en *Los bárbaros. Ensayo sobre la mutación*.

Baricco dirigió el programa de libros «Pickwick» para Raitre, que «invitó a los italianos a redescubrir el placer de la lectura» (Claudio Paglieri), y en 1994 fundó en Turín una escuela de «técnicas de escritura», llamada Holden (como homenaje a Salinger), que ha tenido bajo su dirección, un éxito clamoroso.

A partir de *Seda*, que se ha convertido en un longseller ininterrumpido, tanto en Italia como internacionalmente, se consagró como uno de los grandes escritores italianos de las nuevas generaciones.